

SECCION DOCTRINAL.

UNA POLÉMICA MODERNA Y UN ESCRITOR ANTIGUO.

I.

Hay entre las obras de Federico Bastiat, tan leídas por todos, una sobremanera curiosa, y ahora que el socialismo científico se da la mano con el popular, y ambos cunden y se propagan por diversas naciones amenazando convertirse, cuando ménos se espere, en bandera de asonadas y fuente de disturbios, digna de especial atencion por diversos motivos.

Llábase *El Crédito gratuito* (*Gratuité du Crédit*), y contiene, como es sabido, una coleccion de cartas entre Bastiat y Proudhon sobre la legitimidad ó ilegitimidad del interés ó rédito que por prestar un capital cualquiera se percibe; legitimidad negada absolutamente por el segundo, y defendida por el primero de estos dos conocidos escritores.

Un socialista oscuro habia zurcido y dado á luz en *La Voz del Pueblo*, periódico dirigido por Proudhon, unos cuantos sofismas para probar, contra lo que Bastiat sostenia en su folleto *Capital y Renta*, que en razon y en justicia quien presta alguna cosa sólo tiene derecho á que se le devuelva, y cuando más á que le hagan igual préstamo, si se presenta ocasion; y el primero de estos dos errores defendido por Proudhon varias veces, añadiéndole por complemento la invencion de un Banco Nacional para realizar el crédito gratuito y la vana ilusion de que con esto se acabarían para siempre los males económicos, constituye el sistema llamado entónces (1848-49) por Thiers de *la recipro-*

ciudad (1), por su autor *el mutualismo* (2); propuesto despues, aunque sin éxito, por las secciones de obreros franceses á la aprobacion del primer congreso de *la Internacional*; mantenido ahora todavía por Tolain y Langlois, miembros de esta funesta asociacion y de las actuales Cámaras de la nacion vecina; y proclamado tambien entre nosotros con más ó ménos disimulo por cierto escritor contemporáneo, dedicado al estudio de las clases obreras y su condicion presente.

Está, pues, enlazado el pensamiento que aparecia hace 27 años en las columnas de *La Voz del Pueblo* con ideas que áun viven, y con sucesos de reciente data. Pero apénas dado á la estampa, Bastiat replicó y remitió la réplica al periódico donde se le habia atacado; la acogió Proudhon al punto, y pareciéndole sin duda que tenia enfrente un adversario digno de él, desechó la concesion de que un préstamo debia pagarse con otro hecha por su colaborador desconocido, retiró á éste del debate, tomó el asunto por su cuenta, y le trató hasta el fin en el libro que dejamos mencionado.

Nunca dos espíritus de tan diversa índole midieron sus armas en el palenque científico. Bastiat es la claridad misma; Proudhon, que tambien sabe ser claro cuando quiere, amonтона á menudo sombras voluntarias sobre la faz del abismo, á donde van á parar sus extrañas ideas.

Bastiat podia estar equivocado; lo estaba, á no dudar, en algun punto económico, y en otros de más elevada esfera; pero nadie negará que hablaba profundamente convencido; de Proudhon, que más adelante habia de contradecir en Londres despues del 2 de Diciembre, lo que habia escrito en París ántes del golpe de Estado, á pretexto de no haber enseñado la verdad, sino lo que requeria la situacion del pueblo; de Proudhon, que sostuvo el pró y el contra de tantas cosas, y hasta llegó á justificar en cierto modo la propiedad en una obra póstuma (3), despues de pasar toda la vida combatiéndola

(1) Thiers. *De la propiedad*, lib. 3.º, cap. 8.º

(2) En las obras de Bastiat *Gratuité du Crédit*, y en las de Proudhon *Intérêt et Principal*.

(3) *Theorie de la Propriété*. La segunda edicion es de París, 1866.

con inaudita violencia, sin confesar jamás que hubiese errado, y más bien gastando largas páginas en probar que había tenido razón cuando afirmaba y razón cuando negaba una misma cosa, ni por estas cartas ni por otros escritos se puede averiguar si algo creía. El uno es ejemplar de escritores honrados; trabaja por difundir su persuasión, fundada ó infundada, y ni los agravios, ni los denuestos, ni el más grosero desden alteran su calma ni le apartan de su asunto; el otro es el modelo del sofista; del predicador que se predica á sí mismo; si tiene arrebatos de ira no nacen del ardor por ver triunfante su doctrina á sus propios ojos dudosa, sino falsa (1); nacen del deseo de acalorar al lector y ganar su entusiasmo, atizando pasiones desenfrenadas; siempre tiene la boca llena de dicterios para rebajar al contrario y quedar en mejor lugar; escamotea con rara habilidad el punto discutido para subir á grandes alturas ó descender á grandes profundidades, sin más fin que causar asombro con lo vasto de su ingenio y hurtar el cuerpo á la fuerza de la verdad cuando le oprime; y en fin, en sus manos se convierte el debate en una especie de lucha cuerpo á cuerpo, en que dos atletas se disputan estérilmente la victoria por divertir al pueblo y dar satisfacción al orgullo, pasión que al parecer le poseía y le exaltaba hasta el delirio (2). Dió Bastiat testimonio de la sinceridad de su alma en sus últimos días, volviendo al seno de la Iglesia, de la que había hablado varias veces con sobrada ligereza (3); y le dió Proudhon de su principal ó único propósito en esta colección y en su última carta. Allí pasa revista á las facultades intelectuales de Bastiat, y le declara

(1) El editor de Bastiat observa esta falta de buena fe en su adversario (pág. 222, edición de Paris, 1863), confirmando, sin pensarlo, una idea de Donoso Cortés, que acusaba á Proudhon de pecar contra el Espíritu Santo, aludiendo sin duda á la culpa que consiste en *impugnar la verdad conocida*.

(2) « El móvil de su talento parece ser la vanidad, y su consejero el orgullo. » (Discurso de D. José Lorenzo Figueroa al ser recibido en la Academia de Ciencias Morales y Políticas en 30 de Mayo de 1869, pág. 25.)

(3) Al principio de sus *Armonías Económicas* presenta Bastiat el catolicismo y el socialismo como dos extremos, entre los cuales se halla la verdad de que es eco la ciencia económica. La idea no puede ser más absurda, y basta el más leve exámen para conocer que el autor ignoraba de todo punto la doctrina católica.

privado hasta de las más humildes, dando á entender así su propia superioridad y excelencia.

Sofista y todo, no es posible negar que habia en la inteligencia del escritor socialista no sólo algo de atlético, sino de gigantesco. La llama del genio estaba allí; y harto lo prueba la funesta influencia que logró ejercer en su tiempo, que alcanza al nuestro y no dejará de sentirse en lo futuro.

De cuantos le precedieron en el camino que lleva á los pueblos á la perdicion mostrándoles á lo léjos un mentido paraíso, fuera de Proudhon, apénas queda memoria. Ya nadie piensa en las extravagancias de Fourier, ni en los idilios de Cabet, ni en los místicos ensueños de Pedro Leroux, y el mismo Luis Blanc sobrevive al influjo y popularidad de su sistema; sólo Proudhon cuenta todavia con admiradores y secuaces, lo mismo en las asambleas legislativas y academias científicas, que en los clubs tenebrosos, donde una parte del populacho extraviado y pervertido fragua las maquinaciones que alarman á los gobiernos europeos. Pero de aquella tempestuosa elocuencia, de aquel potente ingenio, de aquella arrogancia sin medida que ha conservado al autor de las *Contradicciones económicas* el imperio sobre ciertos espíritus enamorados de toda rebelion contra las instituciones que preservan la sociedad de la ruina, y más enamorados cuanto la rebelion sea más violenta; de aquella aparente grandeza de conceptos y solidez de fábrica con que se presentan á la vista las obras prudonianas, puede decirse lo que de la belleza humana, por perfecta que sea; que no resiste al microscopio.

Muchas veces se las ha juzgado en conjunto, abarcando con una sola mirada el sistema, ó más bien los diversos sistemas de su autor, y el espíritu general que las anima; muy pocas ó ninguna se han examinado uno á uno los sofismas con que están entretajidas. El mismo Bastiat, en la polémica de que estamos tratando, atento á que el debate no se extraviara, á no salir del círculo de ciertas ideas familiares á los economistas en comun y á él especialmente, y más bien á exponer su doctrina que á rebatir la ajena, dejó pasar muchos sin análisis y sin impugnacion cumplida y valedera.

Y, con todo, nada pone tan á la vista la impotencia del más robusto ingenio para oscurecer la verdad, como darse á considerar pacientemente las sutilezas y falacias que Proudhon amontona en defensa del error, sacándolas á luz una por una, desmenuzándolas por separado, sin dejar nada en la sombra, ni permitir que unas libren á las otras de manos de la crítica, gracias á la confusion. Cuando se mira así de cerca y poco á poco, se descubren al punto los piés de barro de la estatua, y basta una piedrecilla para que venga á tierra y se haga mil pedazos lo que parecia oro y bronce fundidos para desafiarse la accion destructora de los siglos.

Hé aquí por qué, no pudiendo ahora por evitar prolijidad, extender estas observaciones á otros sofismas prudonianos, que acaso en diversa ocasion reciban la impugnacion merecida, trataremos de dos usados por el célebre escritor socialista en esta controversia sobre el crédito gratuito, ó digamos en defensa del *mutualismo*.

No están elegidos al acaso. Merece el uno la preferencia por conducirnos como de la mano á fijar la atencion en un escritor insigne, ornamento de nuestra patria en edad más gloriosa para las letras españolas, y defensor poco conocido y no bastante estimado del derecho de propiedad, ahora combatido por todas partes; y el otro, por haberle dejado Bastiat casi sin respuesta, y por la singular confianza que en él tenia su autor, quien, por lo visto, le consideraba incontestable. Lo primero puede ser útil en la esfera de la ciencia: lo segundo no está de más en los tiempos que corremos.

II.

Son de dos clases los argumentos de que se vale Proudhon en su polémica sobre el *Crédito gratuito*, y áun pudiera decirse que en otras muchas obras. Los unos consisten en excursiones filosóficas, jurídicas, históricas, filológicas ó de otra ciencia especial, hábilmente enlazadas con la cuestion pendiente, muy propias para lucir su ingenio y sus estudios, pero que en último resultado no deciden el punto controvertido; los otros, por el contrario, basados muchas veces en

cálculos ó fórmulas numéricas, son de tal naturaleza, que si no hay algun vicio oculto en el razonamiento empleado, no pueden ménos de probar con absoluta evidencia lo que él desea. Los primeros son en sus escritos la parte más brillante; los segundos la más contundente; y vamos á presentar á los ojos del lector uno de cada clase, comenzando por la primera.

Dejando para más adelante decir algo sobre el asunto capital del debate, citaremos estas palabras con que puede decirse que le abrió Proudhon en su primera carta:

« Negamos nosotros con el cristianismo y el Evangelio la legitimidad del préstamo á interés en sí mismo. . . »
 « Tal es, pues, nuestra primera proposicion; todo lo que se da en la devolucion del préstamo además de lo prestado, es *usura*, despojo; *quodcumque sorti accedit, usura est* (1). »

Y en su tercera carta, sétima de la coleccion, haciendo una historia harto fantástica del préstamo con interés, escribió lo que sigue:

« El origen del préstamo con interés ha de buscarse en el comercio marítimo. El contrato á la gruesa, variedad, ó más bien desmembracion del contrato de pacotilla, fué su primera forma..... »

« ¿Y qué es el contrato de pacotilla? Un convenio en que un industrial y un capitan de buque estipulan poner en comun, para el comercio extranjero, el primero cierta cantidad de mercancías, que se ofrece á buscar, y el segundo su trabajo de navegante, debiendo dividirse entre los dos á partes iguales, ó en una proporcion determinada, la *ganancia* resultado de la venta, y quedando á cargo de la sociedad los riesgos y averías. »

« Esta *parte* de ganancia con que se expresa la participacion del capitalista ó industrial que aventura sus productos

(1) *Gratuité du Crédit*; edic. de Guillaumin y Compañía, 1863, p. 124.

» ó sus fondos, lo que es igual en el comercio, ha recibido
 » el nombre latino de *interesse*, es decir, participacion, *interés*. »

« En este momento, pues, y en las condiciones que acabo
 » de determinar, ¿quién podría acusar de dolo la práctica del
 » interés? El interés es el *alea*, la ganancia obtenida de la
 » fortuna, el beneficio aleatorio del comercio, beneficio inta-
 » chable en tanto que la comparacion de los valores no ha
 » suministrado las ideas correlativas de *carestia* y *baratura*,
 » de proporcion, de PRECIO. »

.....

 « Otra causa que importa no omitir, porque marca el punto
 » de transicion entre la parte de ganancia (*interesse*) pertene-
 » ciente al capitalista en el contrato á la gruesa, y la *usura*
 » propiamente dicha; otra causa, digo, enteramente acci-
 » dental contribuyó singularmente á vulgarizar la *ficcion* de
 » la productividad del capital, y por consiguiente la práctica
 » del interés. Fué ésta entre los comerciantes, las exigencias
 » de la contabilidad, la necesidad de apresurar los reintegros
 » ó reembolsos. ¿Qué estimulante más enérgico, pregunto
 » yo, se podría imaginar para el deudor indolente y moroso
 » que esta agravacion, *faenus*, este parto, *tokos*, incesante
 » del capital? ¿Qué agente más inflexible que esa *serpiente* de
 » la usura, como dice el hebreo? La usura, dicen los antiguos
 » rabinos, es llamada serpiente, *neschek*, porque el acreedor
 » MUERDE al deudor cuando le reclama más de lo que le ha
 » dado. ¿Y es este instrumento de policia, esta especie de
 » alguacil comercial lanzado por el acreedor al cuello de su
 » deudor, lo que se quiere convertir en un principio de justi-
 » cia conmutativa, en una ley de economía social?» (Lugar
 citado, págs. 174-176).

Por no alargar en demasía estos breves apuntamientos, nos contentaremos con lo trasladado, añadiendo en resúmen que el pensamiento de Proudhon era probar:

1.º Que el interés del dinero era en su origen legítimo cuando merecía el nombre de *participacion* en las ganancias del contrato á la gruesa (en latin *interesse*).

2.º Que habia degenerado en ilegítimo cuando se convirtió en apremio para el deudor, llamándose *faenus* en latin, *tokos* en griego, y *neschek* en hebreo.

3.º Que así como en el contrato de pocotilla ó en el dicho á la gruesa, la ganancia es menor segun es menor el riesgo y el precio de los objetos trasportados más conocido en el país á que se destinan, reduciéndose al fin al importe del salario del mercader y el navegante; así en el préstamo, cuando el riesgo y el trabajo del prestamista (v. gr. por mediar hipoteca) se rebajasen hasta cero, á cero debia tambien descender el interés del préstamo. Y es así que á cero han llegado aquéllos en los préstamos usuales, luego ya todo interés, alquiler ó renta son ilegítimos.

La contestacion de Bastiat no era difícil. Muy disputable ó algo más es este descenso á cero del trabajo y riesgo del prestamista; y por otra parte, no hay sombra de razon para suponer que el préstamo de dinero con interés sea el origen de la renta que se exige por el alquiler ó arrendamiento de los demás capitales, bien en casas, bien en tierras, etc.; y ménos todavía para afirmar que la ganancia en el contrato á la gruesa sea el origen del interés en el préstamo de dinero. En esta misma carta confesaba Proudhon que la moneda era la última forma que tomaba la mercancía para efectuar los cambios; y aunque Proudhon no lo confesase, á cualquiera se ocurre que la navegacion, origen del contrato á la gruesa, es el último medio de trasporte que aparece en una sociedad primitiva. Mucho ántes han de haberse conocido bienes muebles y raices entre los hombres y la costumbre de prestarlos, que el uso de la moneda; y aún la moneda en una ú otra forma debió preceder á la navegacion; por manera que presentar el contrato á la gruesa engendrando el préstamo de dinero á interés, y éste engendrando los alquileres y arrendamientos, es escribir la historia justamente al revés. Pero para hacerlo así tenia Proudhon sus razones, que tampoco es difícil descubrir.

En el contrato á la gruesa deja entrever, aunque de paso, un motivo de ganancia ilegítima; es á saber, la ignorancia en que podia estar el comprador en tiempos remotos, y aún

ahora si vive á gran distancia, del verdadero valor de la mercancía en el país donde fué embarcada, ignorancia que acaso permita al vendedor abultar mucho el precio; pero no insiste en esto: da por hecho que la ganancia en esta especulación sea la recompensa del riesgo del comerciante y el trabajo del marino, y condena el préstamo de dinero á interés por falta del trabajo y el riesgo, mas no sin dejar entrever tambien otro motivo para reputarlo ilícito; es decir, la prohibición que en casos dados le impusieren las leyes canónicas y civiles; y despues derivando el préstamo de dinero del contrato á la gruesa, viene á pesar sobre él en el ánimo del lector aquella ignorancia del verdadero valor de las cosas que sólo puede tener lugar en el primero; y derivando de éste el alquiler y arrendamiento jamás condenados por ninguna ley, caen sobre ellos el agio, sólo posible en el contrato á la gruesa, y las prohibiciones que se han hecho de la usura; y eso confusamente, sin dar Proudhon la cara, pues sólo parece fundarse en la falta de trabajo y de riesgo, pero quedando seguro de haber suscitado esas ideas en el pensamiento del lector, y aprovechándose de ellas para aplicar aquella historia filológica de la usura por los nombres que tuvo en latin, griego y hebreo, á toda especie de préstamo.

El ardid arguye destreza, pero no buena fe. La falta absoluta de trabajo y de riesgo en todo préstamo, único argumento que en este lugar prohija Proudhon á las claras, es difícil de probar; hay además otros motivos para justificar el préstamo, especialmente de cosas fructíferas, ó que se deterioran usándolas; así es que Bastiat contestó á esto sin embarazo ni mucha detencion, pero no sin tributar elogios á esta parte de las cartas de su adversario, que le pareció llena de inspiracion (*plaine de verbe*); á pesar de cuyo elogio no la hubiéramos citado, dado que para rebatirla casi basta negarla, si no fuera porque vamos á copiar otro párrafo de otro autor, en que se ha de hallar cierto parentesco con los del escritor socialista.

Dice así:

«Al comenzar este asunto trataremos como preliminar, según nuestra costumbre, del nombre de *usura*, que no deri-

» vaban los latinos de *usu æris*, como opinan algunos que se
 » adhieren supersticiosamente al sonido de las sílabas; ántes
 » bien, atendiendo á su primitiva significacion, es lo mismo
 » que *usus* (uso.) Por eso Ciceron contra Verres decia: *¿Cur*
 » *piratis lucis USURAM tam diuturnam dedisti?* ¿Por qué dejaste
 » á los piratas tan largo tiempo con vida ó con el uso de la
 » vida?... Dicese, pues, de *usu, usura*, como de *fatu, factura*,
 » y de *cultu, cultura*; por lo que segun esta significacion, no
 » es nombre de vicio.»

« Sin embargo, el uso y la costumbre le han aplicado en
 » tercer lugar á significar con especialidad lo que por el uso
 » del dinero ú otra de las cosas que el uso consume (*consump-*
 » *tibiles usu*) (1) se exige además de la cantidad prestada,
 » siendo quizá la razon de esto el querer demostrar por medio
 » del nombre mismo la perversidad del hecho. Pues siendo
 » el uso de tales cosas, como que no pueden usarse sin consu-
 » mirse, estéril de por sí, se estima, sin embargo, como
 » fructífero... Llámale tambien Aristóteles en su *Polit. I*, ca-
 » pítulo 7, *fœnus*, alusion á la etimología griega; pues lo que
 » nosotros llamamos *usura* lo llaman los griegos *tokon*, de
 » *tiktó* (τίκτω), que significa lo que en latin *pario*; pues así
 » como los animales producen una prole semejante á sí, en
 » este caso produce dinero el dinero. Y por eso, dice el filó-
 » sofo, *es este modo de adquirir sumamente contrario á la na-*
 » *turalidad, pues no es la moneda fecunda como el ganado ó la*
 » *tierra para parir y germinar.*»

« Dicese, pues, en latin *fœnus*, como si se dijera *fœtus*.»

« Mas lo que nosotros llamamos *usura* y los griegos *parto*,
 » lo llaman los hebreos *mordedura*; á lo que aludió el Crisós-
 » tomo... cuando dijo: «Semejante es el caudal del usurero
 » á la mordedura del áspid, etc.»

No se crea que el autor de las anteriores líneas condena

(1) Por cosas que el uso consume, *consumptibiles usu*, entienden los moralistas no las que se pueden consumir por el uso, sino las que no pueden usarse sin consumirse, esto es, sin quedarse sin ellas; como el dinero, el trigo, etc.

absolutamente todo rédito procedente de un préstamo en metálico, según pretendia Proudhon, ni mucho ménos, como éste, el procedente de toda otra especie de préstamos; más adelante veremos lo que hay en la materia; pero dejando esto aparte, ¿no hay una notable semejanza entre la excursion histórico-filológica de Proudhon y las líneas que acaban de recorrer nuestros lectores? ¿No se encuentra en ellas todo lo que hay de instructivo y de curioso en el escritor socialista, ó por mejor decir, no se redujo la tarea de éste á convertir en historia lo que era filología á fuerza de afirmaciones gratuitas, y muchas de ellas enteramente absurdas?

Y no es porque nos parezca verosímil que el director de *La Voz del Pueblo* hubiese hojeado mucho el tomo de 895 páginas en folio, de donde hemos tomado nuestra cita; hay más: no aparece en ella el neologismo *Interesse* con que comienza Proudhon su arranque *plain de verbe*; pero nuestro in-folio es una obra de teología moral, clásica en la materia, y que todas las posteriores citan, comentan y copian de cuando en cuando, y es visto que aquel escritor fué á buscar armas para combatir la usura á alguna más leída en Francia, probablemente un diccionario, donde tropezó con las ideas de la nuestra, y que le sugirió, sin duda, la de derivar la renta del contrato á la gruesa, no porque los moralistas la emitan, sino porque se ocupan largamente de tal contrato, en razon al crecido interés que el peligro de la navegacion hace legítimo.

No es en verdad lo más importante ni áun lo más aplicable á la ciencia económica en la obra de que hemos citado y traducido un párrafo, la escasa muestra que sin nombre de autor dejamos apuntada; pronto lo verán y apreciarán nuestros lectores; entre tanto, quizá les parecerá curioso que en un trozo de Proudhon, elogiado por Bastiat, tenga la mayor y mejor parte un fraile español del siglo xvi, llamado Domingo Soto (1), á cuya pluma la debemos.

(1) *Fratr. Dominici Soto de Just. et Jure decem libri. Encudebat Joan. Baptist. Terranova. Salmantice. M. D. LXXIX, lib. vi, p. 468 y sig.*

III.

¿Pero quién es Domingo Soto?

Permítasenos decirlo; y si la relacion parece demasiado larga para un paréntesis, al cabo se ha de ver que el nombre del ilustre escritor y muchos de sus pensamientos están más enlazados de lo que pudiera creerse con el asunto que tratamos, y harto merecen honorífica mencion en una revista consagrada á la defensa de los principios fundamentales de la sociedad y la familia.

Nombre es el de Soto bien conocido de cuantos saludan á un de léjos la teología moral, como ya va indicado; y tambien los que cultivan estudios más profanos han tropezado con él á pesar del silencio que los extraños por ignorancia ó por envidia, y los propios por imperdonable descuido, suelen guardar sobre nuestras glorias literarias de otros tiempos, por lo ménos en los escritos de derecho natural y de gentes, como en la obra, sin igual en su género, de Grocio; en Mac-kintosh; ó por último, en Wheaton, quien dice—y repitamos sus palabras siquiera para consolarnos con el testimonio rendido á grandezas pasadas de desgracias presentes—que « *siendo España en tiempo de Carlos V y Felipe II la primera potencia militar y política de Europa*, con numerosos ejércitos y dilatadas guerras, debia sentir ántes que nadie la necesidad de fijar » la parte del derecho que á esto mira, por lo que produjo un gran número de tratados, muchos debidos « *á la multitud de hombres notables salidos de las universidades españolas y de Italia,* » citando entre ellos con especialidad y elogio á Francisco de Vitoria, Suarez y Domingo Soto (1).

Veamos ahora quién era éste, y algo de lo que le debe la verdadera ciencia y el derecho de propiedad.

(1) *Histoire des progrès du Droit des Gens*. Intr., páginas 32 y 41, tercera edicion. Leipzig, 1853.

Francisco Soto ó de Soto, pues de ambos modos se encuentra escrito su nombre, nació en Segovia en 1494. Era hijo de un hortelano, como él mismo solía decir, porque no conocía la vanidad, y de tan escasa fortuna, que hubo de entrar de sacristan en la iglesia del pueblecillo de Ochano, no léjos de su cuna, hasta que la facilidad con que en su tiempo hallaban medio los menesterosos de frecuentar los estudios, le permitió trasladarse á Alcalá de Henares y comenzar su carrera literaria, recibiendo allí lecciones de Tomás de Villanueva, despues elevado á la Sede de Valencia y más tarde á los honores del culto por sus virtudes ejemplares.

Desde Alcalá de Henares, donde habia comenzado á distinguirse, fué enviado en compañía de Fernando Saavedra, su constante compañero de estudios, á perfeccionar los suyos en la Universidad de París segun era costumbre de aquel tiempo, en que con razon se procuraba que ni los ingenios españoles fuesen desconocidos en el extranjero, ni el estado del saber en otros países fuese ignorado en España.

Toda su vida se dolió amargamente Domingo Soto de que el breve plazo que pudo residir en la capital de Francia no le dejara madurar más largamente el fruto de sus tareas; pues mucho ántes que quisiera, si bien despues de recibir el grado de maestro en artes, tuvo que regresar con Saavedra á Alcalá, donde fué nombrado profesor de cálculos en la facultad de Filosofía, y tomó la beca, cuando ya cumplía veintiseis años, en el colegio de San Ildefonso.

Tenia ya su suerte asegurada; y así es que no por buscar un refugio contra la adversidad, sino por el deseo de más cristiana vida, dejó la del mundo, tomando el hábito de religioso entre los dominicos de Búrgos, y trocando por el del fundador de la órden su nombre de pila, que, como el de su padre, era Francisco.

La obediencia á sus superiores le llevó á Salamanca para hacer oposicion á la cátedra de vísperas en la facultad de Teología, y ya entónces él, hombre desconocido, *homo novus*, como dice D. Nicolás Antonio, á quien principalmente seguimos en estos rápidos apuntamientos, descolló grandemente entre los demas opositores, aunque más prácticos y de más

antiguo crédito, obteniendo la cátedra y captándose despues en la enseñanza más y más cada dia la admiracion de sus contemporáneos.

Entónces escribió en vindicacion de Aristóteles su primera obra, *Cursus Artium*.

La vida del hombre estudioso suele ser escasa de sucesos; pero en aquel siglo, de los más señalados en la historia, hubo dos que sobresalen entre los demás, y por decirlo así, hicieron crisis en la vida de las naciones cultas y áun de la especie humana: el Concilio de Trento y la conquista de América.

Aquella asamblea de prelados católicos fué como el arca salvadora de la fe en el diluvio de la herejía, que amenazaba elevar sus aguas muchos codos sobre los más altos montes; el descubrimiento y conquista de la América fueron la union de las dos mitades del humano linaje separadas por un océano sobre el cual tendió un puente el valor y la constancia heroica de nuestros padres.

El Concilio de Trento salvó al antiguo mundo de la impiedad; la conquista de América salvó al nuevo mundo de la barbárie; y en esas dos maravillas de la historia, la parte principal perteneció á nuestra España, que mezcló en ellas el nombre del humilde ex-sacristan de Ochano.

Dejó éste por orden del Emperador Carlos V su cátedra de Salamanca para concurrir á Trento, donde predicando á los Padres por ausencia del General de su orden, echó los cimientos de su fama, afianzada despues con los dos libros que dedicó á los prelados, *De Naturâ et Gratiâ*, y la parte activa que tomó en las demás tareas del Concilio, hasta que terminadas éstas, le llamó el Emperador á Alemania para ejercer el cargo de su confesor, aunque por breve tiempo.

De vuelta á España, otra orden imperial encomendó á Soto el exámen de la reñida controversia entre Ginés de Sepúlveda, defensor de los colonos españoles en América, y Fray Bartolomé de las Casas. Cinco dias consecutivos habló el sabio y virtuoso dominico ante la junta de teólogos que habia de pronunciar el fallo, abogando, como no podia ménos, dada su piedad acendrada, por la libertad de los indios, y por el derecho que tenian á no recibir de nuestra patria más que

paternales beneficios. De su discurso hizo un resúmen que se publicó en las actas de la junta (1), dando además á conocer su dictámen en el libro IV de sus *Diez libros sobre la justicia y el derecho*, tantas veces mencionados.

En suma; despues de defender la fe en Trento y la humanidad en los asuntos del Nuevo-Mundo; despues de rehusar la mitra de Segovia que le ofrecia en Alemania Carlos V, entónces su penitente, y obtener el primer puesto universitario en Salamanca, cuando Melchor Cano que le ocupaba fué elevado á la silla episcopal de Canarias, dos veces elegido supe-

(1) Esta es la ocasion de decir que Wheaton, á quien más arriba citamos por la justicia que en parte hace á nuestra patria, y la memoria que consagra á nuestro Autor, habla sin embargo de ambos en otro lugar con notoria inexactitud (Obra citada, pág. 32.) Domingo Soto no fué discípulo, como afirma Wheaton, sino compañero en la enseñanza de Francisco de Vitoria, porque no estudió en Valladolid ni en Salamanca, sino, segun va dicho, en Alcalá de Henares. No publicó en 1560, año en que murió, su tratado *De Justitia et Jure*, sino en 1554 ó ántes. Y, por último, tampoco se puede tomar á la letra aquello de que «Vitoria y Soto condenaban con una independéncia que les honra las guerras crueles que la rapacidad movia á emprender en el Nuevo Mundo á sus compatriotas á pretexto de propagar el cristianismo.» palabras del propio Wheaton. Los dos esclarecidos moralistas sostuvieron, con efecto, los principios católicos, los cuales enseñan que no basta el intento de propagar el cristianismo para justificar una guerra contra infieles; pero esos principios enseñan también, que siendo los indios los agresores (como aconteció diversas veces), y negándose á aquel género de comercio que impone la necesidad, es decir, el de las cosas indispensables para la vida, la guerra es licita, si bien en caso de buen éxito habia de considerarse el vencedor que sólo recibia el poder para bien de los indios, como todo gobierno el suyo para bien de los súbditos. Wheaton, anglo-americano y representante de su país en Austria, tenia motivo para ser mucho más benigno con los españoles. Las intenciones con que nuestro gobierno fué á la América del Sur constan del testamento de Isabel la Católica, y eran sobre todo favorecer á sus habitantes: los ingleses fueron á la América del Norte por salvar sus vidas y haciendas de una persecucion religiosa. Carlos V y Felipe II consultaban con los teólogos para averiguar sus deberes con los indigenas del Nuevo Mundo; los presidentes de la república anglo-americana, en tiempos que se suponen más cultos, no hay noticia de que consulten con nadie sobre este punto. Lo que sí han dicho en dos discursos recientes dirigidos á las Cámaras de su país, es que con los Pieles-Rojas no cabia otra política que la del exterminio. Por fin, el resultado de la conducta de los españoles en la América del Sur, es que en varios Estados hay una considerable poblacion de indios (en Méjico más de las dos terceras partes), y tan civilizados, que algunos llegan á jefes del Estado y gobiernan á los conciudadanos de todas las razas; y el resultado de la política de europeos y anglo-americanos en la del Norte es que el exterminio de los naturales va muy adelantado, y los pocos que quedan viven en el estado de barbarie anterior al descubrimiento de aquel continente.

rior de su convento, y habiendo vivido constantemente entregado á la enseñanza, á la oratoria sagrada y á la publicacion de sus obras, murió Domingo Soto en la ciudad á donde le habia llevado la obediencia y habia alcanzado sus principales triunfos académicos, en 17 de Diciembre de 1560. El juicio que merecia á sus contemporáneos, puede inferirse de esta especie de adagio que corria por las aulas de Salamanca en su época :

*Qui scit Sotum
Scit totum;*

y el erudito D. Nicolás Antonio, que recoge el parecer de diversos autores respecto al esclarecido religioso, dice por cuenta propia, que tal varon podia hallarse entre los de su siglo, pero superior ninguno. ¡Y era el siglo de Cárlos V!

IV.

Ahora que conocemos, aunque sólo por un rápido bosquejo, al autor, digamos algo, muy poco, de su doctrina.

No hemos olvidado que tratamos de economía política y de socialismo.

La mayor parte de las obras de Domingo Soto, hasta unas veintitres que llegaron á noticia de D. Nicolás Antonio, tratan de filosofía y teología; y entre éstas algunas tocan á la moral tomada en su más vasta y elevada acepcion, en la que no puede ménos de ligarse y traspasar á menudo los linderos del derecho, la política y hasta la ciencia económica.

Porque tales son los fenómenos de la riqueza, principalmente los que consisten en su distribucion y consumo, que á ellos vienen á parar como á centro comun, no sólo la política, que eso harto lo proclaman los economistas llamando economía política ó social la ciencia que profesan, sino las tres anchas vías de la moral, el derecho y las investigaciones propiamente económicas.

En este campo de la moral latamente entendida, hemos visto ya á Soto defender la libertad de los indígenas del Nuevo Mundo, asunto relacionado con las consecuencias del

trabajo libre y el trabajo de esclavos, que es á la vez de moral, de política, de derecho y de ciencia económica; desde el mismo punto de vista condenó severamente la trata que los portugueses comenzaban á practicar entónces, desvaneciendo los fútiles pretextos con que se pretendia justificarla; escribió despues, ó casi al mismo tiempo, la *Deliberatio in causâ pauperum*, en que sostuvo el derecho á mendigar en los verdaderamente pobres, y la injusticia de prohibirlo en el modo que entónces se pretendia, logrando la adopcion de su dictámen por Felipe II, como habia logrado la del referente á los pobladores de la América; y por fin, entran en la misma esfera y tocan á las mismas ciencias los *Diez libros sobre la Justicia y el Derecho*, que primitivamente fueron seis, y llegaron á aquel número por haberse refundido y ampliado varias veces y de diversa manera. Esta es la obra más completa, más celebrada y más importante para los que no se dediquen con especialidad á los estudios teológicos, de cuantas salieron de su docta y laboriosa pluma.

Y volvamos á la economía política y al socialismo. No es sólo el párrafo que en manos de Proudhon agradó al mismo Bastiat, el que pudiera encontrar oriundez en esta obra y arrancar aplausos á los que estudian los más árduos debates de esta época. El problema más difícil, y en cierto modo insoluble, de la ciencia económica, convertido por desgracia en nuestros tiempos en un conflicto práctico que amenaza turbar el reposo y bienestar de las naciones, es la determinacion del valor; pues ese problema está expuesto con la solucion que admite, y las dificultades que lo embarazan, en el libro vi de este tratado (p. 505-507 de la edic. de 1569).

Un gran número de cuestiones económicas se resuelve por la llamada ley de la *oferta* y la *demandá*, ó digamos más á la española, del abastecimiento y los pedidos, y por la observacion de los efectos de la competencia. La abundancia de géneros, hace que bajen; la escasez, hace que suban. La concurrencia de muchos á comprar, hace que paguen á más; la de muchos vendedores, que tengan que cobrar á ménos. Pues bien; Soto formula claramente las dos leyes en un caso particular, en el cambio de moneda, dos siglos ántes que Adam

Smith, y dos y medio ántes que Say: *Cambii pretium*, dice, *legitimè variat* ABUNDANTIA aut RARITAS pecunie; et etiam, FRECUENTIA et RARITAS INDIGENTIUM (p. 555-556). Lo mismo establece en general cuando trata del precio y el valor: *Pretia rerum, emptorum COPIA auget, RARITAS verò minuit.*

La impugnacion del comunismo, é indirectamente del socialismo, que en nuestro tiempo ha quedado casi por completo á cargo de los economistas, se halla tratada con singular acierto en pocas páginas del libro que nos ocupa.

No podemos copiar, y es fuerza resumir.

De tres maneras, dice recordando á Aristóteles, puede concebirse la comunidad (comunismo), en vez de la division de dominios ó posesiones: con las fincas divididas, y los frutos comunes; con las fincas comunes, y los frutos repartidos; ó con fincas y frutos puestos en comun. En el primer caso, el trabajo para producir sería desigual y el lote de todos igual, segun su necesidad, de donde el descontento de los que no reciben parte proporcionada á su trabajo y una discordia sin término. En el segundo, faltaria el estímulo para trabajar y producir; y en el tercero, hay el mismo inconveniente que en el segundo, mas la discordia que sobrevendria al repartir los frutos. A cuyas razones agrega la necesidad de diversas clases y condiciones en la sociedad humana (lib. iv, quest. III). ¿Qué se ha dicho desde Soto acá que no se halle como indicado en estas reflexiones, sin contar lo que omitimos?

Pero lo que sobre toda ponderacion merece elogio, es su teoría de la propiedad, que de cierto no tiene superior, y difícilmente tendrá rival entre cuantas se han expuesto hasta la época presente.

Este juicio parecerá exagerado y con exceso atrevido; no podemos en este momento justificarlo por completo; pero véase lo que dice un economista francés muy reputado en el libro acaso más popular de su escuela:

«Hasta nuestros dias, escribe Leon Faucher, la cuestion »(de la propiedad) se habia abandonado á los filósofos y á los »jurisconsultos. Y es menester no desconocer la utilidad de »sus trabajos... Sin embargo, se extraviaria quien fuese á »buscar en los escritos de esos filósofos y jurisconsultos, ya

«una teoría completa de la propiedad, ya ni siquiera una definición exacta» (1). Cita en seguida algunos filósofos y juriconsultos de la antigüedad; llega á Grocio; le censura con justicia porque admite una especie de comunismo primitivo (*communio primitiva rerum*), y funda la propiedad en la ley civil, dando al poder público un derecho sobre los bienes de los ciudadanos que podría muy bien justificar el socialismo. Bajo la fe de Carlos Comte, asegura que Wolf, Puffendorf y Burlamaqui, parafrasean á Grocio; tampoco le aventajan mucho Blakstone, Bentham, Mirabeau y otros mil; y concluye de todo que hasta Reid y Dugald Stewart no se dió una definición *casi exacta* de la propiedad, y hasta los economistas más modernos no se señaló su verdadero fundamento, que es el trabajo á más de la ocupacion.

Ahora oigamos á Domingo de Soto, que escribía cerca de un siglo ántes que Grocio (2).

Comienza declarando que la propiedad está sancionada por el derecho natural, el de gentes y el civil; para explicar la opinion de los que la fundan en el de gentes solamente, establece en qué se distinguen los dos; refuta al Cardenal Cayetano, porque no interpretando bien un texto de Santo Tomás, dice que es de derecho positivo; y tiene por derecho natural la ley natural y la eterna, segun las alcanza la razon humana. Halla la propiedad en el origen del hombre, segun lo que refiere el Génesis de Caín y de Abel; y sentado todo esto, expone su teoría.

Elevándose á donde alcanzan pocos, y tomando en sentido lato el *dominio* (es el nombre latino de la *propiedad*, que sólo empezó á llamarse así en Roma en la época de los juricons-

(1) *Dictionn. de l'Economie politique*, par Coquelin et Guillaumin: palabra *Propriété*.

(2) Grocio, que conocía la obra de Soto, fundó la propiedad en la ley civil, sin duda para justificar los despojos llevados á cabo por los Soberanos protestantes, y de él nació la corriente señalada por Leon Faucher. Entre tanto en España, Soto, Márquez, Palafox y otros, sostenían la inviolabilidad de la propiedad privada; y el primero niega la *communio primitiva rerum*, admitida por muchos moralistas para explicar el derecho á ciertas cosas ajenas en extrema necesidad, pero que no es necesaria á ese efecto, como enseña el P. Delaporte y otros.

sultos), dice que comenzó con la creacion del mundo, *dominium ab orbe condito cepit*, porque entónces comenzó á tener el Criador sobre qué *dominar*; *tunc enim primùm cepit Deus habere quibus dominaretur*.

La idea causa asombro. ¿Pero qué relacion hay entre el derecho absoluto de Dios sobre todas las criaturas, y el del hombre sobre las que le circundan y se pueden apropiár? La hay, porque el destino, el bien, el fin de todas las criaturas, es *servir* al Criador; ninguna, por excelente que sea, puede constituir su propio fin; ninguna es dueña de sus actos sino para ofrecerlos al Criador, *dueño* de ella y de sus actos; y así las criaturas sin libertad que pueblan la tierra y han sido dadas al hombre (Génesis, 1, 28 y 29), por no ser libres, por no ser dueñas de sus mismos efectos, están destinadas á ser la propiedad de un sér libre, á obrar para él como su fin secundario, así como él ha de enderezar sus actos y los efectos de las cosas que se apropia y domina á Dios, fin supremo de todas las creadas.

Desde la creacion hubo dominio, hubo propiedad de Dios y de las criaturas; porque, dice Soto, así los ángeles como los hombres, por su naturaleza y por su derecho, comenzaron á ser dueños de sus acciones: *ac perindè tunc tam angeli quam homines suapte naturá et jure ceperunt esse domini suarum actionum; ut illá libertate Deo servirent*.

Ciertamente: Dios es dueño de todo lo creado; hasta las criaturas libres son sus siervos; pero éstas, por el hecho de ser libres dentro de la ley divina, han de ser dueñas en algun modo de sus acciones, y tener por lo ménos este dominio: *dominium actionum suarum*.

Por eso, dice Soto, el dominio se funda en la libertad: *dominium in libertate fundatur*. Por eso la propiedad es la línea que divide el mundo de la inteligencia y de la libertad del mundo sujeto á las leyes fatales de la materia, incapaz de propiedad: *dominium habere rerum, solis vigentibus intellectu et libero arbitrio convenit*.

La ocupacion es tambien de derecho natural, segun Soto, así como segun los jurisconsultos romanos. Pero no necesitamos seguirle más adelante: por ventura, ¿en esa propiedad

que existe desde el punto en que fué creado un sér inteligente y libre, en ese dominio de las propias acciones, origen de todos los demás, no está indicada la teoría que funda nuestra propiedad en la naturaleza de la persona, ó como dicen, de la personalidad humana; la que la funda en el trabajo, que eso son nuestras acciones aplicadas á la satisfaccion de las necesidades legítimas; la que con Destut Tracy quiere que la propiedad en el hombre sea lo que las propiedades (cualidades) son en las cosas, es decir, inherentes á su naturaleza; la de Thiers, que escribe al frente del cap. 4.º de su obra sobre esta materia, que «el hombre tiene en sus facultades personales una propiedad primaria incontestable;» lo que puede haber de verdaderamente científico en esta expresion un tanto vaga de Kant: «la propiedad de lo interior es la libertad; la propiedad de lo exterior la libertad en sus manifestaciones,» y otras muchas que fuera prolijo enumerar? ¿Qué han hecho los sucesores de Soto sino mutilar su pensamiento, privar á su doctrina de la profundidad teológica, ontológica y cosmológica, que es su más rico ornamento, y reducirla á su aspecto meramente jurídico?

¡Y qué decir de Leon Faucher, que no encuentra una nocion *casi exacta* de la propiedad, ni quien defienda la privada contra el poder del Estado hasta Dugald Stewart y los economistas modernos!

(Se concluirá.)

A. MENENDEZ DE LA POLA.

PIO IX PINTADO POR UN DIPLOMÁTICO PROTESTANTE.

Paris-Journal (1) acaba de publicar sobre Pio IX un estudio muy notable, debido á la pluma de un protestante inglés — fácil es advertirlo al leerlo — pero que rinde al Sumo

(1) La *Revista Católica* de la Habana y otros papeles periódicos han publicado tambien estas observaciones, que por su interesante objeto trasladamos á las páginas de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

Pontífice un homenaje tanto más precioso, cuanto que es más desinteresado. Aquí no es la fe la que habla; es el buen sentido, y el buen sentido conduce al escritor á ver en Pio IX la figura más extraordinaria, más simpática y majestuosa de estos tiempos, figura única en el mundo, y que el mundo no volverá probablemente á ver. Pero dejemos hablar al escritor; nuestros lectores corregirán por sí mismos las pocas apreciaciones erróneas ó atrevidas que encuentren acá y allá, para admirar la conclusion tan exacta y tan gloriosa para la Iglesia y para el Pontificado á que se ha visto conducido el autor de este estudio:

«En 1849 fuí enviado por lord Palmerston al lado de Pio IX. Las simpatías de la nacion inglesa habian acompañado al Papa á Gaeta. Esas simpatías siguen siendo las mismas hácia el hombre. Inglaterra no reconoce su primacía como Vicario de Cristo, pero saluda en él la primacía de las más altas virtudes. Nuestra política no es ya la de 1849. No hemos creado, sin embargo, la Italia. Hasta hemos sido el último sosten del poder austriaco en Venecia. Para no ser arrastrados por la corriente, hemos seguido la ola italiana.

El patriotismo inglés degenera á menudo en venganza. Silbamos á Carlos X en 1830, y en 1859 secundamos á Garibaldi. El odio del extranjero es por otra parte un título de gloria. Nuestros periodistas dieron á Fernando el apodo de *Bomba*, y á la espada del desdichado Carlos Alberto el de *spada vittoriosa*, ántes de salir de la vaina, sin duda.

Cuando tuve la honra de acercarme al jefe espiritual de los católicos, se estaba en visperas de la primera borrasca: Pio IX acababa de pasar, sin transicion, de la apoteósis á las gemonías. El soberano que el pueblo habia llevado en triunfo de la Puerta del Pueblo al foro de Trajano, cuyos caballos habia desenganchado cien veces, habia tenido que huir bajo un disfraz vulgar. Jamás he visto un semblante más tranquilo que el del Papa proscrito; me equivoco: he visto otro, el de ese mismo Pontífice, á quien sólo quedaban en 1870, de la herencia de Pedro, las llaves de la fe católica y el Vaticano.

Una dulce serenidad, ligeramente jovial, hé ahí el carácter principal de la fisonomía física y moral de Pio IX.

Estaba yo en Irlanda cuando el cardenal Mastai fué electo. Varios de mis colegas estaban en Roma; de boca suya habria que oír la relacion de lo que entónces pasó. No fué alegría, fué delirio. Las damas romanas y las inglesas protestantes no tenían bastantes flores para cubrir al paso al jóven y radiante Pontífice. Fueron aquellos dias hermosos para el catolicismo, y me atrevo á decir para el cristianismo. A semejanza de Cristo paseándose por las calles de Jerusalem, el que se decia su Vicario atravesaba cada dia la Ciudad Eterna como el pastor en medio de su rebaño.

La blanca vision apareció en la plaza Navona, en el Coliseo, en los jardines de Augusto. El pontificado se sintió rejuvenecido en diez y ocho siglos. Mazzini velaba.

Ningun historiador algo serio ha rehusado al pontificado la gloria de haber sido el centinela de la libertad italiana. Los Papas han sido reyes güelfos. El pontificado ha ido aún más léjos: ha ensayado, ha entrevisto la unidad italiana siglos ántes que la casa de Saboya. Ha seguido los destinos de Italia con sus alternativas de triunfos y reveses, sin jactancia como sin desaliento. Y en el dia, el vencido en la lucha suprema entre la libertad y la revolucion, no desespera aún; Pío IX tiene la misma serenidad.

Así, pues, cuando el cardenal Mastai se sentó en la cátedra de San Pedro, los clamores de los sectarios se perdieron en medio de un inmenso *Hosanna*.

El viento soplabá del lado de la independencia de la patria italiana.

El heredero de Gregorio VII y de Julio II desplegó sus velas. Pero, ¿dónde estaba el puerto? ¿Qué debía resultar de esa heróica tentativa: una modificacion ó una confederacion de los Estados de la Península? Arrojadós los austriacos de Italia, ¿quedaba resuelto el problema? Por triste que fuese el resultado de esa doble campaña en favor de la libertad de los pueblos, Dios hizo surgir de esa doble prueba un nuevo título á la justicia de la historia. ¿Quién, pues, en Europa habia sido más generoso y más liberal que el Papa?

Pío IX, vencido con las libertades de la patria por la revolucion cosmopolita, volvió á Roma, y el perdon junto con él.

Pero si el Pontífice perdonó á las personas, no fué condescendiente con las doctrinas. La lucha por medio del dogma y la palabra empezó. ¿Era la hora propicia para las encíclicas, los concilios? ¡No soy competente para contestar! Sólo que la misma pregunta ha debido hacerse desde Cristo diez veces por siglo lo ménos. Y luégo, Pio IX, con su maliciosa sonrisa, podría añadir: —« ¡Teneis razon! para hacer leyes esperad á que no haya más ladrones y asesinos, pues de lo contrario, os exponiais á sobrexcitar á esos señores, algo susceptibles. »

Nuestros periódicos han acogido con frecuencia por medio del sarcasmo la palabra del Vaticano. En el fondo, Inglaterra como Rusia sabe muy bien que esa palabra de moral divina, de eterna justicia, es la única que despierta en la conciencia de pueblos y reyes los deberes reciprocos; ambas saben que el dia que dejara de oirse, vendria el silencio de la muerte social.

La política del reinado de Pio IX puede llamarse la política de las almas.

Fiel al juramento prestado, ha defendido palmo á palmo, por medio de la diplomacia primero, por las armas despues, el patrimonio de la Iglesia. Fué aquél más bien un duelo entre el cardenal Antonelli y M. de Cavour, un duelo entre el Piamonte y los voluntarios de la Europa católica.

Vióse entónces un espectáculo extraordinario. Pio IX, despojado de los dos tercios de sus Estados, se declara protector de los pueblos oprimidos; convoca por dos ocasiones á los obispos del orbe al pié de su trono; y cuando todo ha concluido, cuando nada le queda ya, suspende el Concilio; pero el vencedor de los vencedores es asimismo Pio IX: ¡preguntádselo al príncipe de Bismark y al cardenal de Hohenloe!

Los historiadores futuros de Pio IX se preguntarán si el Concilio del Vaticano tenía su razon de ser, y si el Papa debia quedarse en Roma en 1870. No seré yo quien conteste esas preguntas indiscretas. Básteme, colocándome en el terreno de los católicos, afirmar que sin la infalibilidad el dogma católico entero se derrumba. Los católicos, como los cristia-

nos por otra parte, no tienen al servicio de su fe sino un escaso número de textos evangélicos. Estos textos existen ó no. Que los católicos y los protestantes los interpreten á su modo, sea; ni unos ni otros pueden suprimirles una vocal ó una consonante. Ahora bien; cuando los católicos, que desde hace diez y ocho siglos habian reconocido al Papa como doctor infalible, supieron que ese reconocimiento era un dogma, no lo extrañaron; el dogma estaba ya en su corazon lo mismo que en su razon, y quedaron consolados. En los dominios de los misterios y de lo sobrenatural, la fe no puede fortalecerse sino por la fe. La definicion del dogma es, pues, para la Iglesia católica, una ley de eterna oportunidad.

Más embarazado me veria para justificar la residencia de Pio IX en Roma. Hé aquí lo que contesta el Papa á los que le interrogan: « Cuando Pedro hubo salido de Roma para huir de sus verdugos, encontró en su camino á Jesucristo. — « Señor, le dijo, ¿ á dónde vais? — Vuelvo á Roma, dijo Cristo, á hacerme crucificar segunda vez. » — Pedro comprendió, y regresó á Roma. »

Esta admirable leyenda es la idea fija de Pio IX. La ha hecho reproducir en numerosas medallas. No ha querido huir ni de la persecucion, ni de las Catacumbas, ni del martirio. ¿ Quién dudará jamás de la intrepidez de Pio IX? Sin embargo, el hombre político se preguntará si la presencia del Papa en el Vaticano no debe, en un momento dado, crear graves embarazos á la Iglesia romana. Si la partida de Pio IX en 1870, causando indecibles conmociones en la conciencia de los católicos, no hubiera hecho experimentar al equilibrio europeo una de esas conmociones que vuelven á colocar á las sociedades sobre su base, ¿ la guerra contra la Francia hubiera tenido consecuencias tan desastrosas? ¿ Hubiera sido tan larga? En todo el esplendor del triunfo, el príncipe canciller del imperio alemán ha tenido que contar con los católicos; en una explosion algo más formidable del sentimiento católico, ¿ no hubiera hallado un obstáculo invencible á sus designios?

Evoquemos lealmente nuestros recuerdos históricos; supongamos el telégrama siguiente: « Pio IX salió ayer de Roma

y de Italia.» El orbe católico, presa de inexplicables angustias, no le diría también: «Señor, ¿á dónde vais?»

Tal es el pasado: ¿cuál será el porvenir? Dejando aparte serias divergencias entre el modo de entender el *Decálogo*, ciertas nociones acerca de lo *tuyo* y lo *mío*, que no son las mías; dejando aparte, en fin, una glorificación de la ingratitud, á la cual no puedo adherirme, no me cuesta convenir en que los italianos, por la sabiduría de su política, por su prudencia y moderación en el manejo de sus negocios, han merecido la admiración del mundo.

En diez y siete años, pasando por encima de todos los obstáculos, poniendo la ineptitud de sus capitanes y hacendistas, la derrota y una bancarota al servicio de su patriotismo, los italianos han elevado su torre hasta los cielos. Esa torre tiene bases de barro. Confiscaron á Garibaldi y casi lo ahogaron con laureles, muy asombrados de verse destinados para tal uso; pero Mazzini difunto habla todavía á los sectarios. Eran veinte mil los reunidos este año en torno de su sepulcro; hemos presenciado eso. Ellos crearon la patria italiana; ellos cubrieron á Nápoles, Florencia y Turin con los pliegues de la bandera italiana; pero Nápoles, la Toscana, el mismo Piamonte, se estremecen todavía bajo el sudario, y como Mazzini, la autonomía, después de muerta, habla todavía de resurrección.

Ciertamente la Italia tiene derecho de realizar su unidad. ¿Se da cuenta á sí misma esa unidad de lo que debe ser para su grandeza y su prosperidad futuras? Excepto la Francia, ¿dónde está el pueblo verdaderamente uno?

Sólo Dios es la unidad. Los pueblos buscan á través de los siglos una unidad que no es de este mundo. Dios ha establecido, por decirlo así, una ley de engrandecimiento. Una vez alcanzados ciertos límites, dice á la grandeza humana: «¡No pasarás de ahí!» Puede seguirse á través de las edades la ejecución de esa ley.

En lo que á la Italia atañe, tiene una apariencia de fortaleza y vitalidad, porque los diplomáticos italianos no han llevado su teoría hasta sus consecuencias extremas. Con la Córcega y el Tesino, el reino de Italia no hubiera vivido un año,

Pio IX sabe todo eso mejor aún que los italianos, y mientras todos, autónomos, unitarios y mazzinianos se preparan en espera de un acontecimiento, él confía en la victoria.

Esa victoria sabe él que no la verá quizá; cree que el pontificado la presenciará. Ha recibido esa fe inquebrantable de doscientos Papas antepasados suyos. ¿No prometió Cristo, según los católicos, á su Iglesia esta filiacion mística: *Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos?*

¿Quién es el que ha atravesado la Italia, en estos dos últimos años, sin que le chocara la situacion que estoy señalando? ¿Quién no ha oido rugir sordamente el descontento del pueblo romano? ¿Quién no ha divisado á Víctor Manuel pasando por Roma como un forastero? ¿Quién no ha leído en la frente de la encantadora princesa Margarita la melancolía del destierro? La familia real de Saboya tiene en Roma la nostalgia del Piamonte.

Sé que se es muy severo para con los romanos. Los pobres romanos, que no comprenden la honra que se les hace aumentándoles los impuestos y disminuyéndoles los recursos, son perezosos y holgazanes. Será difícil probarles su dicha. La ley del trabajo es divina sin duda. Dios puso al hombre en el Paraíso terrenal para que lo cultivase, *ut coloretur*. En esa mansion de delicias pareceme que debía haber trabajos de recreo muy poco semejantes á los que propone Garibaldi en interés de la *malaria* y de la Hacienda italiana.

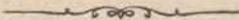
Pio IX es hermoso, alto, majestuoso; á pesar de su avanzada edad, su voz es fuerte y cual conviene al que habla al mundo y á la ciudad. Poco importa, despues de todo, que el Papa sea hermoso ó feo. La belleza física es un encanto, un prestigio más para conmover á las muchedumbres. Las grandes almas irradian aún á través de las imperfecciones físicas. Raro es tambien que la exuberancia de las cualidades físicas no se verifique con detrimento de las morales. Pio IX político dentro de sanos límites, Pio IX teólogo, Pio IX el más ilustre predicador italiano despues de Ventura, es una excepcion.

Existe por el mundo una escuela que pretende que Cristo era feo, que el Hijo de Dios, al abrazar la humanidad, había

abrazado todas sus imperfecciones. Me declaro incompetente en esta cuestion, como en la de saber si la Virgen tenía ojos negros á la española, ó azules como mis compatriotas.

Lo cierto es que cuando el manso Pontífice que reina desde hace treinta años, haya desaparecido, habrá un vacío doloroso en el mundo. Nadie ha amado más á la humanidad que Pio IX; nadie ha amado más á Roma y á la Italia. Faltará á la Ciudad Eterna cierto *no sé qué*, que no volverá á verse en mucho tiempo. Habrá grandes Papas, grandes doctores y confesores; pero, ¿habrá jamás en el redil un pastor tan clemente? Los resplandores de la tiara iluminarán todavía el mundo; pero, ¿tan dulces rayos de luz alumbrarán jamás la campiña romana?

Dios, que mide los dias, le dará quizá tambien la alegría de ver la tierra de promision. Los más jóvenes, Cavour, Napoleon III, pasaron; imperios más poderosos que Italia han sido desmembrados. ¿Tenemos derecho á sonreirnos cuando los verdaderos católicos proclaman la política de Dios? Prestemos más bien el oido á la voz del cañon. ¡Quién sabe si grandes acontecimientos no vendrán á dejar burlados los proyectos de la humana política?»



SECCION HISTÓRICA.

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO

DON JAIME EL CONQUISTADOR.

Con este título, y en ocasion de haberse de celebrar en Valencia el centenario de la muerte del egregio monarca aragonés, que rescató aquella hermosa joya, librándola del poder mahometano, escribió el Sr. D. Miguel Amat y Maestre hace pocos meses, en vísperas de las grandes fiestas seculares con que aquella ciudad ha honrado la memoria de su libertador, un romance histórico, que lleva por título el mismo del héroe, que en él se canta. Destinado el escrito al literario certámen, celebrado en la ciudad de Alicante, logró el premio ofrecido, á saber: una elegante pluma de oro y plata, y á más el aplauso unánime de los jueces y de cuantos la obra conocieron. El autor, con loable acuerdo, la imprimió y dió á luz, agregando un nuevo canto, á fin de darle más acabado remate, y las citas é ilustraciones históricas convenientes, para formar un libro de leccion instructiva y amena. Este es el que en las manos tenemos, y sobre el cual reclamamos la atencion de nuestros abonados.

Insertamos el texto del romance susodicho, que no queremos mutilar ni en poca ni en mucha parte. Su entonacion robusta, su interés constante, la belleza de su estilo y la cadencia y propiedad del mayor número de sus versos, nos mueven á dar el parabien á su autor, no sin advertir que á juicio nuestro muchos de sus pasajes requerian mayor desenvolvimiento, sobre todo, tratándose de tal héroe español como fué Don Jaime, cantado por un poeta de su misma nacion. Parécenos en especial bello y sonoro el último canto; pero tambien diminuta en demasia su conclusion, en la cual, si no andamos muy errados, encajaba muy en sazón el evocar á grandes y libres rasgos, con sobriedad, al par que con entusiasmo y energia, como un resumen de aquella vida hazañosa y fecunda, de aquel espíritu emprendedor y activo, de aquel corazon esforzado y magnánimo, y del grande influjo que á tan noble figura ha de atribuirse en la historia nacional y en la extranjera.

Todo lo cual, por otro lado, quiere decir que al terminar la lectura del romance, sabe á poco, lo que no deja de ser un grande elogio, que por sí misma tributa la obra al autor. Porque sabido es que en literatura lo que cansa ó hastia es malo; lo que cautiva instruyendo, llegó al punto que encomia y recomienda el gran maestro latino de las buenas letras humanas.

C. M. PERIER.

DON JAIME EL CONQUISTADOR.

ROMANCE HISTÓRICO (1).

Alto vuela, musa mia,
para decir las hazañas
del invicto rey Don Jaime,
que en popular metro cantas;

Del gallardo caballero,
de firme y dulce mirada,
leal, franco, justo, humilde,
gigante en cuerpo y en alma:

Del guerrero formidable
cuyo nombre al moro espanta,
en la victoria tan noble
cual terrible en la batalla:

Del sabio que en el estruendo
de la lid al pueblo daba
órden, libertad y leyes,
que aún admiracion causan:

Del cristiano fervoroso
que en Dios puso su esperanza,
y fué por ello tan grande,
que al mundo llenó su fama:

Del príncipe esclarecido
que á un tiempo en su mano abarca,
de inmensa gloria ceñidas,
pluma, cruz, cetro y espada.

I.

NACIMIENTO Y NIÑEZ DE DON JAIME: MONZON.

Hijo de Pedro segundo,
el vencedor de las Navas,
que en Muret la sangre y vida
dió en defensa de la patria;

Y de María, Señora
de Montpellier, noble dama,
por su cuna alta princesa,
por sus virtudes más alta:

Es Don Jaime un soberano
en cuyo trono se enlazan
las gloriosas tradiciones
de tres prínciplitas razas:

La de Wifredo el Velloso,
la de los Guillem de Francia,
y la de Alfonsos y Sanchos
de Aragon y de Navarra.

La sangre de tantos héroes,
no es extraño que formara
ese genio, ese coloso,
que hoy mi débil musa canta.

Mas tambien el cielo quiso
dar al mundo pruebas claras,
de que este príncipe ilustre
bajo su amparo se hallaba;

(1) Insertamos este romance, autorizados expresamente para ello por su autor.

Pues su concepcion rodea,
su nacimiento acompaña
y hasta el gran nombre que tiene,
de circunstancias tan raras,

De tan singulares hechos,
que al pueblo admiran y halagan.
¡Al pueblo! que al ver los daños
que á la patria amenazaban

Si el rey Don Pedro segundo
sin descendencia faltara,
rogó al cielo diese un hijo
al católico monarca:

Y al ver son prodigios tales
realizada su esperanza,
prodigios que al régio vástago
gran porvenir auguraban...

De inmenso júbilo lleno
llora ó rie, gime ó canta;
júbilo que fué el origen
de una fiesta que aún se guarda.

¡Dichoso el pueblo creyente
que espera en Dios y á Dios ama!...
¡Infeliz del que le olvida,
sin ver tras la muerte nada!

Tres años gozó Don Jaime
las caricias regaladas,
los cuidados, los desvelos
de una madre tierna y santa.

¡Tres años solo!... pues vino
razon de Estado inhumana
á robar á la infelice
María, el hijo del alma!

¡Pobre madre! ¡cuántas preces
alzarias!... ¡cuántas lágrimas
debieron verter tus ojos
sobre las frias corazas,

De tu esposo el rey Don Pedro,
y el grande adalid de Francia,
Simon de Monforte, cuando
de los brazos te arrancaban

Al hijo, ¡sola ventura
de tu vida!... y lo llevaba,
como rehenes de un convenio,
el francés á su morada!

.....

Esto, caro lector, prueba
que la *politica* ingrata,
lo mismo que hoy no las tiene,
no ha tenido nunca entrañas!

En Carcasona, Monforte
al tierno príncipe guarda,
hasta que muerto Don Pedro
de Muret en la batalla,
Aragon y Cataluña
que se lo entreguen reclaman;
y como Simon se niega,
los dos Estados en armas

Se alzaron, y al propio tiempo
dirigen una embajada
demandándole justicia
al que puede hacerla, al Papa.

Que en aquellos tiempos, todos
al Pontífice miraban
como á un Tribunal Supremo,
que imparcial escucha y falla.

Falló que al príncipe libre:
Simon la cabeza baja,
y en Narbona á Jaime entrega
ante una asamblea magna

De nobles y ciudadanos;
y al instante convocadas
son en Lérida las Córtes,
que al príncipe rey proclaman.

Y cabe á Jaime la gloria
de que estas Córtes prestaran
homenaje y juramento
por vez primera al monarca;

Y de que los diputados
juntos allí se sentaran,
de Aragon y Cataluña,
costumbre hasta allí no usada,

Apretando más el nudo
que Petronila formara
con Ramon Berenguer cuarto,
por ventura de la patria.

Receloso de los males
que al soberano amenazan
entre los distintos bandos
que en su reino se levantan

Turbulentos, cuando tiene
sólo seis años, el Papa,
la bravura conociendo
y lealtad acrisolada

Del maestro de los Templarios,
Guillen Monredon, le encarga
que al rey eduque y le guarde
de Monzon tras las murallas:

Encargo que renovaron
las Córtes, obrando cautas,
que es Monzon lugar seguro
si un buen vasallo lo guarda.

En aquella fortaleza,
de los Templarios morada,
al par convento y castillo,
cuatro años Don Jaime pasa:

Pero en la edad en que el hombre
observa, y aprende, y graba
lo aprendido y lo observado
allá en el fondo del alma;

Y más, si el cielo dar quiere
como al precoz niño daba,
un corazon elevado,
inteligencia preclara.

Para hacer un gran rey... todo,
todo allí se junta y habla!
Hasta las piedras del muro...
que altos recuerdos entrañan.

Allí murió Isármo, el Conde,
y allí su muerte vengaba
Sancho Ramirez, que al moro
la vida y el fuerte arranca:

Allí al pueblo libres leyes,
nobles y prelados daban,
y á ofrecer el cetro á un monje
de allí salió la embajada:

En el pecho del Templario
allí Don Jaime miraba
brillar la insignia de Cristo
en medio de la coraza:

Y en los muros y capilla
á un mismo tiempo escuchaba
los cantos del religioso
y el estruendo de las armas.

Estas memorias y ejemplos,
de Monredon la palabra
persuasiva, el aislamiento
del mundo, la dulce calma

Del claustro... que á Dios eleva
el corazon y nos habla
la verdad... ¡hasta su propio
cautiverio y su desgracia...!

Todo el alma engrandecía
del joven rey, y formaba
su reflexivo y profundo
carácter que asombro causa:

Su valor, su fe inmutable
y su firme confianza
en empresas y en peligros,
cuando todos vacilaban.

Así se formó el creyente,
el sabio y el gran monarca;
así se formó el soldado
de la cruz y de la patria.

II.

DON JAIME Y LOS RICOS-HOMES.

Mientras en Monzon Don Jaime
crecía en alma y en cuerpo,
sus reinos los ricos-homes
llevaban á sangre y fuego,

Mandándoles Don Fernando,
hermano del rey Don Pedro;
el cual, si no aspira al trono,
sí á la regencia del reino;

Alto cargo que al infante
Don Sancho, las Córtes dieron.

Para cortar males tantos
existe sólo un remedio...

Sacar al rey del castillo,
y que él gobierne á su pueblo.
Así Cornel y Moncada
y otros bravos caballeros

Lo resuelven, mas Don Sancho
se opone, y el maestro mismo
vacila... pero Don Jaime
que, cual águila que estrecho

Halla ya el nido, impaciente
se agita, y arde en deseos
de dar paz á sus vasallos,
dice á Cornél que resuelto

Está á partir; y en el día
convenido, ántes que el cerro
de Monzon las luces tiñan
de la aurora, él en secreto

Deja el castillo, y se junta
en breve á los caballeros
que le aguardan, y de Huesca
toma el camino con ellos.

Bizarro á su frente marcha,
y al decirle que á su encuentro
peligra salga Don Sancho,
para volverle á su encierro,

Ligera cota de malla
reviste, y con firme acento
exclama que nada teme,
pues se halla á todo resuelto.

No osa salir el infante,
y á los tres días el pueblo
de Zaragoza le aclama,
de noble entusiasmo lleno.

Esto hace un rey de diez años...
y es que con él va *el derecho*,
y este es más fuerte y temible
que el valor de los ejércitos.

Como en Monzon en Palacio
á Don Jaime dirigiendo
continúan los del Temple
soldados caballerescos.

Sus ideas se asimila,
sigue sus altos ejemplos,
y así gobierna y devuelve
la anhelada paz al reino.

Pues convocadas las Córtes,
de la ley sagrados templos,
pronto las armas Don Sancho
y Don Fernando rindieron.

Dichoso aquel rey, dichoso,
que tiene por consejeros
la lealtad y la justicia,
la discrecion y el talento.

Pero el bien de la paz santa
poco dura en aquel tiempo,
en que á las armas se acude
para decidir los pleitos.

Don Rodrigo de Lizana
quejas con Don Lope Alvero
tiene, pero sin retarle,
como prescriben los fueros,

Se apodera de sus bienes,
le secuestra y pone preso.
Los parientes de Don Lope
ante el príncipe y consejo

Piden que la ley se cumpla:
así se otorga: y haciendo
el rey sus primeras armas
en dos combates sangrientos,

Derrota á Lizana, y toma
su castillo, devolviendo
á Don Lope, con sus bienes,
su libertad... ¡bien supremo!

Así el rey Don Jaime enseña
á los magnates soberbios,
que la justicia y las leyes
se encuentran más altas que ellos.

En los muros de Lizana,
y otros que despues cayeron,
barones y ricos-homes
el programa están leyendo

Que el jóven monarca escribe
con la punta de su acero.
Y aunque ese programa ofrece,
al grande como al pequeño,

De todo abuso castigo,
para todo mal remedio,
cada golpe que recibe
del rey un noble, halla un eco

En los mismos que combaten
á su lado, y que están viendo
que el poder del trono aumenta
cuanto disminuye el de ellos.

Por eso del campo á veces
se retiran, ó consejo
dan al rey de que desista
de sus más nobles empeños:

Los zapadores, minando
las entrañas de la tierra,
al cimientó de las torres
para destruirlo llegan.

Los grandes y caballeros
con los infieles pelean,
que ora salen de la plaza,
ora bajan de la sierra:

Los religiosos recorren,
al alcance de las flechas
de los sitiados, el campo,
y á los guerreros alientan:

El príncipe en todas partes
al mismo tiempo se encuentra,
en el Consejo, en la lucha,
en la mina y la trinchera.

Pues toda empresa dirige
y todo trabajo ordena,
y todo obstáculo vence,
y á toda duda contesta;

Y en su clarísimo ingenio,
y en su valor y prudencia,
y hasta en su firme mirada
al gran capitán revela.

Por eso ante aquel gigante
el poder del moro tiembla;
y por su brazo vencidos
ó su genio ó su nobleza,

Se le van rindiendo jefes
de comarcas sarracenas,
y hasta la ciudad sitiada
á capitular se apresta.

¿Qué puede esperar? minadas
las altas torres, flaquean,
los fuertes muros se caen,
los anchos fosos se ciegan.

Someterse al fin decide;
mas no es honrosa la entrega
por bastardas condiciones,
y la lucha se renueva.

El emir, astuto y bravo,
y de atractiva elocuencia,
soldados convoca y pueblo
á general asamblea.

Y de tal modo les habla
de su fe, patria y hacienda,
y de los terribles males
que están llamando á sus puertas...

Que desesperados gritan:
«Antes morir, guerra, guerra...»
y se lanzan como tigres
á las minas, á la brecha;

Y hasta en el campo cristiano
con tales furoros entran,
que de cadáveres lleno
y sangre y horror lo dejan.

Entónces sonó la hora
para Don Jaime suprema,
pues con el último esfuerzo
de los sitiados, intentan

Las comarcas sometidas
recobrar su independéncia;
y los mismos elementos
le combaten, pues á intensas

Y largas lluvias suceden
horribles frios, y llega
hasta divisar del hambre
la lívida faz horrenda!

En tan graves circunstancias
un solo recurso queda;
tomar al punto á Mallorca,
ó morir en la contienda.

Así en consejo se trata;
el soberano lo acuerda,
y lo acordado se cumple;
que oponerse inútil fuera.

El momento del asalto
¡tremendo trance! se acerca:
formados en largas filas
los combatientes se encuentran,

Y con voz vibrante y firme
el monarca les alienta.
Mas cuando grita «¡adelante!»
la hueste dos veces queda

Como absorta... y permanece
inmóvil!... Don Jaime eleva
su vista al cielo y exclama:
«¡Ayúdanos, Madre nuestra!»

Conmoviéndose á este grito,
el ejército contesta:

« ¡Santa María! » y se arroja
entusiasmado á la brecha.

Traspuesto el muro, en las calles
y fuertes casas se encuentra,
preparada á resistirle,
una muchedumbre inmensa :

Y horrible lucha se traba...
por do quier el emir vuela
fogosamente exhortando
desde el corcel á su secta :

Y desde los minaretes
con grandes voces le alientan
los muezzines : de las casas
mueblaje encendido y piedras

Sobre los héroes cristianos
hacen rodar, y halagüeña
sonrie un instante al moro
la victoria... No... que atleta

Incontrastable, el monarca
viene del muro á la brecha,

y se lanza en lo más recio
de la sangrienta pelea.

Ante su terrible empuje
huye el moro, muere ó tiembla;
que es su acero como el rayo,
que al caer mata ó aterra.

Hasta el emir desaparece,
mas no es su desgracia extrema...
le halló el rey, salvó su vida,
condoliéndole su afrenta.

Y rendida la Almudaina,
¡imponente fortaleza!
que ofreció sólo á Don Jaime
abrir sus ferradas puertas,

Sube el rey á su alta torre,
y fija sobre una almena
el victorioso estandarte
do barras y cruz ondean.

El príncipe que tal gloria
alcanza y tan gran empresa
termina, asombrando al mundo
sólo cuatro lustros cuenta.

IV.

CONQUISTA DE VALENCIA.

Mientras que Don Jaime al moro
un reino en la mar conquista,
Ben-Zeyan, que es de Valencia
el emir, campos y villas

De Aragon, tala y destruye
con arrogancia inaudita,
y al par el tributo niega
que al rey Don Jaime debia.

Pero el príncipe á quien llaman
ya el « vencedor, » tal mancilla
sufrir de nadie y aún ménos
de un hijo de Agar podia.

Forma su plan de campaña,
que por lo acertado admira;
y de Monzon en las Córtes
se acuerda la reconquista

Del gran reino Valenciano,
y tan plausible noticia,
á los soldados y al pueblo
cual nunca júbilo inspira.

Con la toma del castillo
de Ares, Don Jaime principia
la memorable campaña
de aquella ciudad temida.

Ya está en su poder Morella;
con prevision, despues sitia
á Burriana, y la hace suya
tras indecibles fatigas,

Y en centro de operaciones
queda al punto convertida.
Peñíscola se le entrega
sin combatir, y otras villas

Y otros castillos le siguen,
que están en la cencañía.
Hasta los campos del Júcar
extiende sus correrías:

Y de Valencia á lo léjos
las altas torres divisa,
que las fogatas de alarma
por las noches iluminan :

Los infantes y hombres de armas
con sus aprestos de guerra;
las milicias comunales
con hachas que centellean;
Los almogávares fieros
y bandas aventureras
con sus bastones ferrados,
sus cuchillos y sus flechas.

Y todos la poderosa
escuadra ocupan y esperan
impacientes el instante
en que ha de hacerse á la vela.

En tanto los gallardetes
y las flámulas ondean
sobre el mástil de los buques,
y la multitud inmensa

Se apiña del ancho puerto
sobre los muros de piedra,
y á los guerreros saluda
que entusiasta victorea.

Y Don Jaime, que el postrero
para el embarco se queda,
porque todo lo dispone
y vigilarlo desea,

Cuando al son de los clarines
que dan la señal, contempla
majestuosas las naves
ganar la mar con sus velas...

El corazón y los ojos,
de júbilo lleno, eleva
al eterno Sér que todo
lo ve, sostiene y ordena;

Y en él puesta su esperanza,
monta en la última galera
para arrancar á los mares
un canto de su epopeya.

Veinte millas mar adentro
la flota real se encuentra,
cuando de imprevisto salta
viento contrario, y arrecia:

Y tanto... que los pilotos
y cómitres aconsejan
al rey, que vuelva la escuadra,
sin tiempo perder, á tierra.

— «¡Volver atrás!... eso nunca!»

Don Jaime exclama; «esta empresa
Dios me ha inspirado! Él nos guía...
¡No temais!... Mallorca es nuestra.»

Y cómitres y pilotos,
inclinando la cabeza,
tornan á ocupar sus puestos
y á luchar con la tormenta.

Y como si el negro averno
sus espíritus hubiera
lanzado del mar al fondo
para que la flota hundieran...

Los profundos senos se abren
del abismo, como horrendas
bocas de mónstruos marinos,
y de montes á manera,

De espuma y rabia ceñidas,
se alzan las olas... que vuelcan
los buques y los levantan,
y en sus costados se estrellan!

Y el huracán iracundo
brama entre las rotas velas,
ruge en los mástiles, silba
entre las jarcias deshechas!

Pilotos y marineros,
agotadas ya las fuerzas
y sin esperanza... inmóviles
y silenciosos se quedan...!

Ó en gritos desgarradores
el fin que temen revelan.
Un sér tan sólo entre tantos
la serenidad conserva...

¡El rey! que está de rodillas,
en Dios su esperanza puesta.
Su oración, sencilla y pura,
la historia aún nos recuerda,

Por su propia mano escrita
en prueba de su fe inmensa.
Y á medida que á los cielos
su humilde plegaria vuela,

Torna á los mares la calma,
se disipa la tormenta...
y sin perder una nave
arriba la escuadra á tierra.

Quien no tiembla ante el peligro
de la tempestad, no tiembla

en el campo de batalla ;
y Don Jaime es de esto prueba.

Con sus formidables huestes,
de Mallorca el emir llega,
de asombro y cólera lleno,
al ver tan osada empresa.

Y de Portopí ocupando
las extensas cordilleras,
al ejército que avanza
de aquélla el camino cierra.

Consejo con sus barones
el rey al punto celebra,
y para el siguiente día
el plan del ataque ordena.

Anuncia su luz la aurora,
y del monarca en la tienda,
do el sacrificio divino
por su mandato celebran,

Reunidos los ricos-homes
y caballeros se encuentran;
y cuando termina, todos
de gozo sus almas llenas,

En busca esforzados parten
de la hueste sarracena.
La ven, combaten, y ruda
es la batalla y sangrienta!

En un collado, que llaman
después *del rey*, la pelea
se encrudece, porque triunfa
quien aquel collado tenga.

En su cumbre, roja y blanca,
flotar se ve una bandera,
y de su lanza en el hierro
clavada humana cabeza.

Tres veces de él los Moncadas
se apoderan... tres lo dejan...
y á la cuarta vez que suben,
allí entrambos muertos quedan.

También sucumben luchando
Mataplana y Hugo Désfas,
y otros bravos campeones,
sin poder ganar la sierra.

Con algazara los mores
la victoria ya celebran,
cuando el rey con su mesnada
al pié del collado llega.

En vano sus caballeros,
que el peligro ven, le ruegan
que no suba al cerro: en vano
del corcel toman las riendas...

Don Jaime abraza su escudo,
coge su espada y señera,
y rompe gritando: «Siga
el que cobarde no sea...»

Tras él sus cien mesnaderos
arrastra... á la cumbre trepa,
á los moros desbarata,
y dueño del campo queda.

Y ven desde aquella altura
sus ojos por vez primera
á la gran ciudad, radiante
con sus galas y belleza:

Y lo que él entónces siente,
y lo que él entónces piensa,
ni hay pluma para escribirlo,
ni para contarle hay lengua.

Mas ¡ay! tomar á Mallorca
Difícil es, árdua empresa;
anchos fosos, altas torres,
robustos muros la cercan:

Y tras ellos, así como
guardan su cubil las fieras,
hay cuarenta mil soldados
dispuestos á defenderla.

Mas Jaime torres y muros
mira con frente serena,
y á los enemigos nunca
ni los teme, ni los cuenta.

Por eso su campamento
de la ciudad pone cerca,
y al combate da principio
siempre heroico en su firmeza.

Las catapultas arrojan
enormes globos de piedra,
que las murallas derrumban
cuando en sus lienzos se estrellan:

Los manteletes, escudos
inmensos, sobre sus ruedas
avanzan, y á los obreros
protegen que abren trincheras:

Por eso auxilio á las huestes
contrarias, dan en secreto,
cual lo han dado las de Azagra
el Albarracín; por eso

Desde su propio castillo
que es, tras derrotas, encierro
de Moncada, éste contempla
alzar á Don Jaime el cerco.

Mas para el fin que se busca
ya no bastan estos medios,
que el rey crece en los combates
en valor, pericia y genio:

Y si no queda humillado,
él cumplirá sus deseos
de reprimir á los nobles
y dar mayor fuerza al cetro.

Glorioso ideal... que entónces
al mundo marcó un progreso,
y al que caminó Don Jaime,
superior á aquellos tiempos.

Por ello su union estrechan
los magnates, y eligiendo
para jefe á Don Fernando,
siempre á conspirar dispuesto,

Se sublevan, y consiguen
que en la liga entren los pueblos,
diciéndoles que en peligro
se hallan libertad y fueros.

Y cuando ménos lo espera
el rey, queda aislado y preso,
aunque protestando todos
á su autoridad respeto:

Que es rebelion que se oculta
de obediencia bajo el velo,
llevando miel en los labios,
y en el corazon veneno.

Ya gobierna Don Fernando,
y grandes y caballeros
se reparten los honores,
los bienes y los empleos.

Pero como en estos casos
siempre existen descontentos,
y la ambicion y codicia
tienen nido en tantos pechos...

Nacen trastornos y guerras,
y otros daños, que tras éstos
siempre van y al borde se hallan
del abismo, trono y reino;

Mas no sucumben... que inspira
un plan salvador el cielo
á Jaime, y á realizarle
se lanza con fe y denuedo.

La libertad se procura
burlando á sus carceleros,
y sin pensar en venganzas,
á los nobles llamamiento

Hace para la conquista
de tierras de sarracenos.
Si van los confederados,
renuncian á sus proyectos.

Si no asisten, son traidores,
y está su plan descubierto.
Pocos á la cita acuden;
los más admiten el reto.

Duro deber la pelea
es para el rey, no deseo;
mas, ya en el combate, es bravo
como el leon del desierto.

Luchando con Pedro Añones,
fuerte adalid, cuerpo á cuerpo,
le sujeta, como á un niño,
entre sus brazos de hierro.

Y en los campos de batalla,
en el motin de los pueblos,
en el cerco y el asalto,
es como un rayo su acero.

Pero más que con su espada
vence á todos con su genio,
que al fin atrae ó se impone
á los grandes y pequeños.

Y otorgando á los rebeldes
el perdon que de sus yerros
y sus ofensas le piden,
devuelve la paz al reino.

Y en las ciudades y campos,
palacios, chozas y templos,
tan sólo resuena un grito:
«Viva Don Jaime primero.»

Pues la débil navecilla,
que de Monzon dejó el puerto
desafiando la furia
de los bravos elementos...

Se ostenta ya gran navío,
en medio de un mar sereno,
dominando majestuoso
escollos, olas y vientos.

III.

CONQUISTA DE MALLORCA.

Sometida por Don Jaime
la poderosa nobleza,
á realizar se prepara
otras más altas empresas.

Para un príncipe cristiano
era entónces la primera
guerrear con los infieles
en los mares y en la tierra.

La religion y la patria
juntan sus santas enseñanzas
para esa gigante lucha,
desde San Juan de la Peña.

Y Don Jaime tan gloriosa
parte va á tomar en ella,
que asombrará con sus triunfos
á la cristiandad entera:

Y atravesando su nombre
las edades venideras,
brillará tanto más grande,
cuanto más remotas sean.

De las Baleáricas islas
que en medio del mar se elevan
cual canastillos de flores,
el moro se enseñoorea;

Y en sus apacibles puertos,
que más que combaten besan
las olas, cautivas naves
cristianas, se balancean.

Italia y Francia en silencio
sufren tímidas la afrenta,
que ante el poder mahometano
la nacion más fuerte tiembla...

No Don Jaime!... que al rey moro
pide altivo le devuelva
los buques que le ha apresado;
y al saber que á ello se niega,

Conquistar jura á Mallorca;
y para tan grande empresa,
en Barcelona las Córtes
convoca, que el plan aprueban.

El entusiasmo del pueblo,
al saber la fausta nueva,
estalla en gritos y en cantos,
en preces, juegos y fiestas.

Y armas, naves, vituallas,
personas, bienes y haciendas
todos ofrecen gozosos,
y á la expedicion se aprestan.

Y como el carácter toma
de una cruzada esta guerra,
la cruz prendida en el hombro
todos los guerreros llevan.

En el templo sacrosanto
por su fe impulsados entran,
á pedir al Sér Supremo
que victoria les conceda;

Y postrados á las plantas
de la Virgen, madre tierna,
le ofrecen, y ella bendice,
de la patria las banderas.

Por fin el dia marcado
para la partida llega,
dia de júbilo inmenso,
digno de memoria eterna.

De Salou á la ancha playa,
que el recuerdo aún conserva
de los bravos Escipiones
desembarcados en ella,

Barones y ricos-homes
con sus estandartes llegan:
con sus cruces los prelados,
los maestros con sus enseñanzas;

A la capital se acerca
tanto, que en otro sería
imprudencia temeraria,
de grave censura digna:

En Moncada y en Museros
más de mil moros cautiva,
dejando sus fortalezas
en escombros convertidas:

Y al cuartel real volviendo,
vistos los fuertes y villas
que circundan á Valencia,
en cómo aislarla medita.

En medio de una llanura
que junto á la mar termina,
y que dos leguas tan sólo
de la metrópoli dista,

De Enesa el fuerte castillo
sobre un cerro se divisa,
que se llama desde entónces
el Puig de Santa María.

Tener esta fortaleza,
que mucho conviene, mira
el rey Don Jaime, y por eso
corre veloz á rendirla.

Y aunque el emir, sospechando
tal proyecto, la derriba,
él con sus huestes la hace
levantar de sus ruinas.

Y la construye tan bella,
y tan pronto la termina,
que al árabe le parece
que por mágia la fabrica.

El defenderla, á Bernardo
Guillem de Entenza confía,
y á regresar se prepara
á Burriana, cuando mira

Que tiene labrado el nido
de la tienda real encima,
y que se queja al quitarla,
una hermosa golondrina.

Y exclama: «Nadie la tienda
toque hasta que esa avecilla
sus hijuelos desanide,
pues fiando en nos... sería

Crueldad imperdonable
causarle tan honda herida.»
¡ Hecho elocuente que dice
cuánta ternura escondía

Aquel rey tan fuerte y bravo,
pero de alma tan sencilla!
y es que lo sencillo y grande
juntos en los héroes brillan.

Pero al emir de Valencia
mucho recelo le inspira
un campamento cristiano
frente de sus puertas mismas:

Un puñado de guerreros
que sin cesar recorría
sus campos, y que alarmaba
sus caseríos y villas.

Y un ejército dirige
al Puig de Santa María,
tan poderoso, que espanto
causa tan sólo su vista.

Mas sus bravos defensores,
que escasamente serian
uno para cada veinte
soldados de la morisma,

A la lucha se deciden;
y cuando al árabe miran
abandonar la llanura
y subir á la alta cima,

En que se asienta el castillo,
la mitad de los que había
en él, salen y se lanzan
á la vanguardia enemiga.

Y en el sangriento combate
próxima ve el ismaelita
la victoria, cuando escucha
más allá de la colina,

Sonar cornetas y trompas,
y por sus laderas mira
avanzar nuevos guerreros
con banderas y la invicta

Señera del rey Don Jaime,
que las auras acarician:
la otra mitad de las fuerzas
son, que el castillo tenía,

Y que á este ardid ingenioso
de guerra, acudido habian.
Y así cual del Cid se cuenta
que muerto, sobre la silla

De su corcel sujetaban
su cadáver, y á su vista
siempre las muzlimes turbas
huyeron despavoridas,

Así tan sólo la idea
de que Don Jaime vendria
tras su pendon, el desórden
y el pavor entre las filas

Introduce de los moros,
en este glorioso dia;
y en espantosa derrota
de aquel campo se retiran.

Pero á pesar de ser grande
la victoria conseguida,
la guarnicion del castillo
como una imprudencia estima

Empeñarse en defenderlo,
cuando el rey árabe fija
su mirada en aquel fuerte,
que destruir determina.

Estos temores se aumentan
en la guarnicion, el dia
en que su jefe Bernardo
Guillem en el mismo espira.

Sabedor el rey Don Jaime
de tan infausta noticia,
torna al Puig, y á sus soldados
al par consueta y anima.

Mas grandes y caballeros
le aconsejan que no siga
ocupando aquel castillo,
que ha de causar su ruína,

Dejando para otros tiempos
de Valencia la conquista.
Cuando esto escucha Don Jaime,
con los fuegos de la ira

Mal reprimidos, les dice:
«No pensára que en tal cuita
consejos tales me diérais
hoy, que el poder ya vacila

Del moro!... si así combate
esa fortaleza invicta,
es que teme ante sus muros
sepultarse en honda sima.

¿Y quereis que se lo entregue?
¡Primero diera mil vidas!
Antes á Dios hago voto
y á su Madre Sacratísima,

De no volver á mi reino
sin clavar la cruz bendita
en las torres de Valencia,
do la media luna brilla.»

Este noble juramento,
la voz del rey grave y digna,
que en el pecho de los suyos
con mágico influjo vibra,

Y hasta el sagrado recinto
donde les habla y excita,
que es ante el altar del Templo
del Puig de Santa María...

Cambia en ardiente entusiasmo
el temor que ellos abrigan,
y «¡á Valencia!» decididos,
resueltos á todo, gritan.

Quando en alas de la fama
vuela pronta la noticia
de que Jaime «el victorioso»
jurado en el Puig había,

No tornar á sus dominios
sin poner término y cima
á su proyectada empresa,
Almenara y otras villas

Y castillos se le rinden.
Hasta Ben-Zeyan le envía
una embajada ofreciéndole,
si del campo se retira,

Un tesoro por tributo,
y cuantos fuertes codicia
de Guardamar á Tortosa,
y de ésta á Teruel... Perdida

Ve con dolor su esperanza;
que el rey la ciudad ansia,
y despreciándolo todo
exige que se le rinda.

Que en los campos de Luchente
cristianos y musulmanes
se han encontrado... y tras rudo,
desesperado combate,

Los infieles han vencido...
y ha sido tanta la sangre
vertida, tanto el estrago
en las fuerzas comunales

De Játiva, y en los nobles
caballeros catalanes
y fuertes aragoneses
y valencianos leales,

Que el espanto se difunde
cual rayo por todas partes...
Por eso, Alcira, te alarmas
y lanzas tan hondos ¡ayes!

Pero á la sazón, ¿en dónde
se halla el brioso Don Jaime?
¿Se halló en Luchente?... ¡Imposible!
Treinta batallas campales

Ganó al moro, y le venciera
si en la última lid se hallare.
Pero ¡ay! postrado en el lecho
del dolor, el león yace

En Játiva, y aunque intenta,
cuando la derrota sabe,
vestir la cota, é iracundo
tras los rebeldes lanzarse,

Es en vano, pues le engaña
su valor... ¡el mal le abate!
Sobre el lecho se desploma,
y en honda tristeza cae.

Que muertos ó prisioneros
sus mejores capitanes,
los pueblos amedrentados
por el reciente desaste,

Y con la victoria fieros
los agarenos y audaces,
el Conquistador se encuentra
cual nunca en terrible trance.

Pero Dios nunca abandona
en el peligro á Don Jaime:
su hijo Don Pedro, á quien pronto
llamará la historia «el Grande,»

Y que á auxiliar á Castilla
contra el moro un año ántes
partido había, regresa,
mostrándose formidable,

Con sólo mil caballeros,
y en pos cinco mil infantes;
y en Játiva desplegando
el régio pendón al aire,

Devuelve el perdido gozo
al corazón de su padre,
su temida espada al reino,
la esperanza á todas partes!

Allí Don Pedro levanta
frente al moro sus reales,
y ordena el rey que á los muros
de su Alcira le trasladen.

También destrozan el pecho
de los reyes los pesares...
¡También ocultan espigas
sus coronas...! Los mortales,

En la choza ó en el trono
al dolor sujetos nacen;
y tal vez aún más se esconde
bajo espléndidos ropajes,

Que en los harapos que cubren
al pobre...! ¡misterio grande
que descifrar intentamos,
mas que no penetra nadie!

Que han desgarrado las penas
el corazón de don Jaime,
harto las huellas lo dicen
que han dejado en su semblante.

¡Tan largo reinado y tantos
cuidados, tantos afanes,
tantas luchas, su existencia
van minando tiempo hace!

Mas la sangrienta derrota
de Luchente, hizo más grave
su estado... y tanto... que duda
la ciencia poder salvarle.

Don Jaime mira tranquilo
llegar la muerte, pues sabe
que el sepulcro es para el alma
nueva cuna, de do parte

Al seno de Dios, si supo
en la ruda lid ganarle.

Y aunque al recorrer su vida
pasada, encuentra que frágil

Al Señor de cielo y tierra
llegó á ofender... con la sangre
que Cristo vertió en el Gólgota
espera purificarse.

Arrepentido confiesa
sus pecados, y á raudales
las lágrimas de sus ojos
ansiendo lavarlos salen.

Y al contemplar en las manos
del prelado el pan del ángel,
el Dios de amor, que entre velos
cándido quiso ocultarse,

Y al recibirle en su lengua,
placer inmenso, inefable,
su espíritu inunda, y siente
que el cielo ante su alma se abre...!

Ya su corazón tranquilo,
como cariñoso padre,
procura el bien de sus pueblos
hasta su postrer instante.

Llama á Don Pedro, y convoca
á prelados y magnates,
pues quiere resoluciones
muy serias comunicarles.

Todos acuden, y pronto
á sus antiguos anales,
Alcira otra bella página
de gran sentimiento añade,

Digna de que en bronce y mármol
haga inmortal noble alarde,
para admiración y ejemplo
de las futuras edades.

En el centro de ancho claustro,
cuyos muros laterales
medio cubren altos lienzos,
se halla el lecho de don Jaime.

A la escasa luz que envían
las ventanas ojivales,
sólo se ven, entre sombras,
en la estancia destacarse,

Una cruz frente del lecho,
detrás las armas reales,
y en él Don Jaime abismado
en meditaciones graves.

Mas de pronto, y cuando escucha
sordo rumor en las calles,
anunciador de que llega
su hijo Don Pedro á abrazarle,

Alza la frente... y sus ojos
en Jesucristo clavándose,
«¡Gracias!» dice, «¡tú lo quieres,
llegó el momento... ayudadme!»

Al punto las anchas puertas
del callado claustro se abren,
y prelados, caballeros
y burgueses, y magnates

Lo llenan, y entros ellos pasa
Don Pedro gritando: «¡Padre!»
y el rey exclama: «¡Hijo mio!
¡hijo del alma!... ¡abrazadme!»

Poco despues el monarca,
con voz que del alma sale,
¡solemne momento! dice
á sus vasallos leales:

«Sabeis que siempre la gloria
de Dios y su Santa Madre,
y vuestro bien, inspiraron
mis acciones; hoy iguales

Sentimientos me dirigen
en cuanto aquí haré; Dios sabe
si al forzoso fin hoy llega
mi vida; mas aunque tarde,

Poco será: y mientras tanto,
aunque aliento no me falte,
son escasas ya mis fuerzas
para dirigir la nave

Del Estado, combatida
por tan recias tempestades.
Por eso abdicó en mis hijos
mis reinos, desde este instante.

Ellos son vuestros señores;
obedecedles y amadles.
Yo me retiro del mundo,
¡vanidad de vanidades!

El tosco sayal prefiero
á las insignias reales,

que todos dudan que quiera
prestar á su yerno amparo.

Mas el rey de Aragon tiene
un corazon tan magnánimo,
que las ofensas olvida
del príncipe castellano.

A socorrerle se apresta
con su nombre y con su brazo,
viniendo á tierras de Murcia
desde el reino Valenciano.

Con sus fuertes á Villena
cobra, pero ántes jurando
no entregarla á aquel monarca
si no se ajusta á los pactos.

De Petrel gana el castillo
que libre pendon ha alzado
contra don Jofré Loaisa,
favorito del rey Sabio.

Con Elda trata y la toma,
mas la vuelve al infantazgo
de Don Manuel, que es su dueño,
con alta justicia obrando.

En Alicante le dejan
los infieles libre el paso,
cual se deja el campo libre
al leon temido y brave.

Y de Elche la fuerte torre
que fué codicia de tantos,
consigue que se le rinda,
con su gran prudencia y tacto.

Así los castillos todos
somete, que el grito alzaron
desde las gigantes cumbres
de Biar, hasta los llanos

De la feraz Orihuella,
que riega el Segura manso,
y asombra como su fama
de conquistador hidalgo,

Y de noble y generoso,
le basta para ir ganando
sobre treinta fortalezas
á los fieros mahometanos.

Triunfo pacífico y grande
y en tal época tan raro,
que á formar bastára él solo
la gloria de un soberano.

Ya enfrente de Murcia tiene
el rey de Aragon su campo:
mas no se forman trincheras,
ni máquinas se han armado,
Ni se han abierto hondas minas...
y es que evitar el asalto
desea el noble guerrero,
civilizador y humano.

Y tras largas entrevistas
con los rebeldes sitiados,
la ciudad gana, y la entrega
con su reino al castellano.

Alto ejemplo de hidalguía,
como pocos se contaron,
que el sello pone á la gloria
del gran monarca cristiano.

Gloria inmensa que ilumina
á la Europa con sus rayos,
y que sin rival se ostenta
como el sol en el espacio.

Más de medio siglo abarca
su portentoso reinado;
tres coronas gana al moro,
sin tregua con él luchando.

Es su tienda de campaña
su predilecto palacio,
cetro su espada, su trono
la silla de su caballo.

Piadoso como guerrero
dos mil templos ha fundado,
sobre la humillante luna
la cruz salvadora alzando.

Sus anales, como César,
deja escritos por su mano;
y como Licurgo y Numa,
leyes dicta á sus Estados.

Su « Consejo de los Ciento »
es por sí timbre tan alto,
que basta á formar la gloria
de un pueblo y de un soberano.

Y al brillar tras el guerrero,
el legislador y el sabio,
y tras el grande monarca
el profundo hombre de Estado,

Todo el orbe conocido
va su alta fama llenando.
Como juez de sus contiendas
le buscan los soberanos:

El sultan de Babilonia
y el khan de Tartaria, honrado
le tienen con embajadas,
homenajes y regalos;

De Lion en el Concilio
diéronle asiento preclaro;
de una cruzada al Oriente
sobre otros príncipes mando.

Dos hijas alzó á dos tronos;
otra de princesa al rango,
y otra, en opinion de santa
espira peregrinando;

Por todas partes se busca
ó su consejo ó su amparo,
y una corte le rodea
de poetas y de sábios.

Mas cifra Jaime su gloria,
no en los honores y aplausos,
en hacer feliz al pueblo
y ser por el pueblo amado.

Y estima más que su fama
de docto, de grande y bravo,
la que le pregona bueno
entre sus fieles vasallos.

¿Y qué resta tras de tanta
grandeza y de triunfo tanto...?
Resta vencerse á sí mismo
encerrándose en un claustro:

Resta demostrar al mundo
que venía de lo alto
aquella fuerza secreta,
prodigio casi ó milagro.

Don Jaime intenta en sus hijos
abdicar, vestir el hábito
del Cister, y retirarse
al convento solitario

De Poblet; mas ¡ay! le esperan
en vez del retiro santo,
hondas penas, cual las tuvo
en sus juveniles años!

VI.

ENFERMEDAD Y MUERTE DE DON JAIME.

Alcira, la ilustre Suero,
que en la remotas edades
teatro fuiste de tantos
hechos gloriosos y grandes:

Alcira, joya engastada
en la corona del árabe,
del que aún guardan en sus venas
tus hijos, la ardiente sangre:

Paraíso codiciado
de Castilla, que á Don Jaime,
por su bravura y nobleza,
te rendiste, y rey juraste;

Y él te hizo libre, y por armas
sus barras te dió y la llave
que las cruza, con el lema:
«Ella el reino cierra y abre;»

Alcira, la hermosa y fuerte,
pues el Júcar á abrazarte

se detiene, con sus olas
defendiéndote y besándote:

Tú la venturosa y rica,
¿por qué lanzas hondos ¡ayes! ?
¿por qué los toques de alarma
rápidos hienden los aires

Desde tus torres, y hierve
tu pueblo en plazas y calles,
llevando impresa la angustia
del pavor en los semblantes...! ?

Es que nuevas han llegado
desde Játiva, tan graves,
que al más bravo atemorizan
y al más confiado abaten.

Es que el moro que en Montesa
se sublevó, va los valles
y montañas ocupando,
sin que se le oponga nadie:

Por eso su campamento
alza del Puig, y lo fija
entre la playa del Grao
y la metrópoli misma.

Valencia, hermosa sultana,
de encantadora sonrisa,
que del Turia en la ribera
dulcemente te reclinas,

Como en un lecho de flores
que olean fragantes brisas,
retratándote los cielos
y las ondas cristalinas...!

Valencia, noble Valencia,
la bella, la fuerte y rica,
de los cristianos llorada,
de los árabes querida

Como Stambul y Damasco,
la Meca y Alejandría...
¡cómo has sido codiciada
de Aragon y de Castilla!

Aún por tus muros parece
que del Cid la sombra gira...!
y en tus campos aún las huellas
del Batallador se pisan...!

Hoy, más dichoso Don Jaime,
con sus guerreros te sitia;
pero no temas, Valencia,
Valencia hermosa, no gimas;

Quien va á poseerte es digno
de tí, como tú de él digna...
y hará que brillen más fúlgidas
vuestras dos glorias unidas!

El campo que el rey, mostrando
caballescamente osadía,
puso con pocos guerreros
frente á la ciudad morisca,

Retando á los musulmanes,
aumenta de día en día
con barones, ricos-homes,
con prelados y milicias:

Y también con los guerreros
que otras naciones envían,

porque parte tener quieren
en tan gloriosa conquista.

Diez mil infantes y escasos
jinetes, en la florida
llanura, el emir presenta;
mas sin luchar se retira.

Adelantan los cristianos:
á la capital aislan;
á combatir sus murallas
con sus ingenios principian.

Las torres más delanteras
toman, incendian ó minan;
á los sitiados rechazan
en sus frecuentes salidas.

Como siempre desplegando
el monarca su energía,
toma parte como el último
lidiador en las fatigas.

La gente del arzobispo
de Narbona, cae un día
del moro en una celada...
y viendo el rey que peligrá,

Corre á salvarla, mas vuelve
con una sangrienta herida!
Un dardo el casco de cuero
atravesado le había,

Clavándose en la cabeza:
don Jaime del dardo tira...
y entre sus robustas manos
colérico lo hace trizas...

Mas comprendiendo al instante
el efecto que podía
causar entre sus guerreros
verle herido, por las filas

Tranquilamente atraviesa,
en los labios la sonrisa...
que aunque es su dolor tan vivo,
sufre y á nadie contrista.

En tanto el emir, la hora
ve de su riesgo temida;
no le socorren de Murcia;
las galeras tunecinas,

Al ver á las catalanas
que llegan ya, se desvían;

en los más temidos fuertes
los sitiadores dominan :

Las más robustas murallas
con estrépito caían ;
hace el cerco estrecho y duro,
ya imposibles las salidas ;

Y la peste á los sitiados
diezma, y el hambre horroriza...!
¡Todo al emir sin ventura
á capitular obliga !

Al fin entregar ofrece
la ciudad de sus delicias,
bajo humanas condiciones,
que Jaime acepta en seguida ;

Las que hace cumplir, y cumple
con magnánima hidalguía ;
al emir así mostrando,
que en su infortunio suspira,

Que haber quedado vencido
por tal príncipe, desdicha
llamarse en verdad, inmensa
puede bien... mas no mancilla.

Ya el rojo pendon listado,
de Aragon gloriosa insignia,
flota sobre el pardo muro
de Valencia la morisca.

Y apénas en él los ojos
del rey don Jaime se fijan,
vuelto al Oriente, y cayendo
conmovido de rodillas,

Con la humildad mas profunda
besa la tierra que pisa,
y gracias tributa al cielo
que tan gran triunfo le envía.

V.

CONQUISTA DE MURCIA — GLORIA DE DON JAIME.

Mientras al infiel arranca
de don Jaime el fuerte brazo
ó las islas Baleares,

ó el gran reino Valenciano,
El monarca de Castilla
que el sobrenombre de Santo
mereció por sus virtudes,
y que es el tercer Fernando,

Rinde á Córdoba, la córte
antigua del califato,
mansion de los Beni-Omeyas,
digna rival de Damasco :

Y á la opulenta Sevilla,
de los árabes encanto ;
hasta la fuerte Alicante,
sus fronteras ensanchando.

Pero así que Don Alfonso,
que alcanza el nombre de Sábio,
del rey ejemplar hereda
los poderosos Estados,

Y proyecta, con envidia
de Europa, tras grandes gastos
y luchas, subir al solio
del noble imperio germánico,

Los moros de Andalucía
y de Murcia, sublevados,
en peligro las conquistas
ponen del rey San Fernando.

Les envía el de Marruecos
sus jinetes afamados ;
les da el de Granada apoyo,
rompiendo amistosos lazos ;

Y al encontrar con sus huestes
á Don Alfonso, en el campo,
le derrota, y á Sevilla
llena de asombro y de espanto.

Y de Murcia el fértil reino
arrebata al castellano,
y su capital entrega
á los mismos sublevados.

En trance tal Don Alfonso,
poniendo á querellas plazo,
auxilio pide á Don Jaime,
terror de los africanos :

Pero Jaime ha recibido
de Alfonso tantos agravios,

para llorar extravió
del claustro en las soledades.»

—«Pero señor...» balbucea
cuando esto escucha el infante;
y el rey prosigue:—«Hijo mio...
lo dicho es irrevocable.

Tan sólo te ruego ahora
ántes que de mí te apartes,
que me escuches un momento
como amigo y como padre.

Ansío que mis palabras
en tu corazón se graben;
tu ventura y la del reino
dependen de que las guardes.

El santo temor divino
de verdad y dicha es base:
no esperes jamás ventura
ni luz, cuando de él te apartes.

Ni en la ruda lid vaciles,
ni en los peligros desmayes;
¡espera en Dios! que él al lado
de los creyentes combate.

Pero no olvides que el cielo
quiere que los reyes guarden
á sus pueblos... ¡ama al tuyo
si deseas que Dios te ame!

Haz que se cumplan las leyes,
sosten de las sociedades,
cuidando que á los pequeños
no opriman nunca los grandes:

Y que la justicia impere,
siendo en su balanza iguales
caballeros y prelados,
ciudadanos y magnates.

Deja que reine tranquilo
tu hermano en las Baleares:
la mejor parte tú tienes...
¡respeta en la de él mi sangre!

Quedan bajo de tu amparo
mis servidores leales;
porque á la virtud y al mérito
debemos recompensarles.

Y sobre todo, te encargo,
ya que olvidan mis bondades,
que á los infieles arrojés
de tus Estados... ¡ay!... ántes

La cola de mi caballo
bastaba para ahuyentarles;
mas hoy... no me ven... por eso
han osado sublevarse.

Pero se engañan, que ahora
renace en tí el rey Don Jaime.
Toma, hijo mio, este acero
que fué el cetro de tu padre.»

Y así diciendo, la espada,
que de su mano al alcance
pendía, la que tizona
vino también á llamarse,

Porque como el fuego abrasa,
consume á los musulmanes,
le da á Don Pedro, y prosigue:
«Compañera inseparable,

Con ella y bajo el amparo
de Dios, yo siempre triunfante
de ellos quedé; toma, y nunca
de tu lado la separes;

Y que te recuerde siempre
de quién eres hijo...» «Padre,
juro hacerme digno de ella,»
dice al tomarla el infante;

Besando del rey la mano;
y conmovido Don Jaime,
da, como Isaac, á su hijo
su bendición... ¡Qué admirables

Los príncipes aparecen
cuando en Dios esperar saben,
y ante su poder se hnmillan,
y por su gloria combaten!

Al punto el hábito visten
de San Bernardo, á Don Jaime,
que aunque pasajero, encuentra
algun alivio á sus males.

Y al mismo tiempo que el bravo
Don Pedro resuelto parte
á vencer, ó dar su vida
de la patria en los altares,

De Poblét al monasterio
va el gran monarca, más grande
convertido en religioso,
en el claustro á sepultarse.

Pero al llegar á Valencia,
súbito el mal agravándose,
decreta el Señor su muerte,
para mejor vida darle.

Rauda la triste noticia
va por los montes y valles,
sembrando el dolor y el luto
entre sus pueblos leales.

Con delirio le adoraban,
como á rey y como á padre...
por eso sus corazones
lloran, ú oprimidos laten.

¡Ah! dichoso el soberano
que logra que el pueblo le ame,
como se hizo amar del suyo
el cristiano rey Don Jaime.

MIGUEL AMAT Y MAESTRE.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA. (1)

(Núm. 15.—5 de Agosto 1873.)

LA DETENCION DE LAS FRAGATAS.

Anteayer fué devuelta su libertad á nuestro querido general Contreras, y ahora que no hemos de acibarar los malos tratamientos de que era objeto con el relato de sus infortunios, haremos públicos los detalles de su expedicion marítima tan calumniada por la prensa, como poco conocida en sus detalles por todo el mundo.

La pequeña escuadra organizada á costa de inmensos esfuerzos en las aguas de Cartagena con buques que la nacion tenia en un estado malísimo, que hacia enrojecer el rostro de vergüenza al examinarlos, zarpó de este puerto á las cinco de la tarde del 28 con escasas provisiones de víveres, no abundantes materiales, y reducidísimos fondos; pero repleta de gente, conducida en alas de un entusiasmo grandísimo que hace presagiar seguros y señalados triunfos.

Iba de capitana la *Almansa*, para que no se dijese que el general Contreras temia el peligro de marchar en un buque de madera, y haciendo adelantar á la blindada *Vitoria*, cuyos suelos no la permitian casi moverse, emprendieron el viaje con rumbo á Almería, seguidas de la fragata prusiana *Federico Carlos*, á nuestra vista desde el apresamiento del *Vigilante*.

(1) Véanse los números 146.º y anteriores.

A las siete de la mañana del 29 se hallaba la escuadrilla frente á Almería, y desembarcando dos hijos de la ciudad que iban en la expedición, invitaron á las autoridades para que pasaran á avistarse con el general, haciéndolo primero el gobernador civil, el cónsul inglés, varios contribuyentes, una comision de voluntarios y algunas otras personas.

El general les manifestó que resuelto como se hallaba á favorecer el movimiento cantonal de la federacion española en conformidad con lo decretado por las Córtes y proclamado por el pueblo al abdicar el último monarca, suplicaban le fuesen entregados todos los fondos de la Hacienda popular para atender á los gastos de la armada, como generales que son de la federacion, y abandonasen la ciudad todas las fuerzas dependientes del Gobierno que se oponian á la formacion de los cantones, para dejar á los habitantes en completa libertad de declararse ó no en canton, pues si á hacerlo no tenian inclinacion, no les hostilizaria.

Llegó una segunda comision para enterarse de la cantidad que el general decia serle necesaria, y habiéndose hablado ántes de fijarla en 50.000 duros, se creyó ver en esto una resistencia, y se dijo á las comisiones del Ayuntamiento y Diputacion que eran precisos 400.000 duros, que podian arbitrar por los medios que estimaran más procedentes. Reiteróles su deseo de que abandonaran las fuerzas del Gobierno central la ciudad, y al ver que éstas empezaban á construir parapetos con sacos de arena, les hizo hechar al agua cuatro botes artillados, que tripulaban 16 marineros y 10 soldados de ejército cada uno, al mando del teniente coronel Rivero, y se dirigió con ellos hácia la costa.

Al desplegarse en guerrilla los botes con bandera de parlamento, salió de la villa otro con la misma enseña conduciendo al coronel graduado teniente coronel de carabineros, un comandante graduado capitán de infantería representando al brigadier Aleman, y varios paisanos que se acercaron hasta interrogar á los botes armados qué mision llevaban, por lo que fueron conducidos á bordo para conferenciar con el general.

Parecieron convenir en que dejarían en libertad al pueblo si queria constituirse en canton, y que no hostilizarian á los federales salidos de Cartagena; pero que de ningun modo saldrian las fuerzas de la ciudad ni abandonarían las posiciones que estaban defendiendo.

Llegada ya la noche, el general les hizo entender que no pretendia un desembarco, y mucho ménos por el punto que defendían, pues es más favorable la entrada por los costados que efectivamente em-

pezaron despues á defender, y les manifestó que si la guarnicion no salia se veria en el caso de expulsarla á cañonazos.

Cuando por la noche bajaron á buscar agua el capitán Flores y el pagador de la *Almansa*, encontraron trabajando en las obras de defensa á los guardias civiles y carabineros, y en vista de esto al amanecer del 30 se prepararon las fragatas para lanzar fuegos sobre los edificios de la poblacion.

El general señaló á algunos de Almería los puntos donde dirigiria sus tiros; la capitanía del puerto donde estaban algunas autoridades militares, una casa situada delante del cuartel de guardia civil que servia á ésta de parapeto, y el sitio donde se hallaba el resto de la guarnicion.

Salió el ayudante Rivero á llevar los correspondientes oficios de aviso á los cónsules, y al llegar á la orilla recibió la órden de dirigirse exclusivamente al gobernador militar, en cuya presencia explicó su mision, y para ejecutarla se le acompañó de dos oficiales con órdenes de no dirigirse á ningun punto más que á las casas de los cónsules. El brigadier militar añadió:—Al general Contreras le hace usted presente la expresion de mis respetos. — En el trayecto que recorrió tropezó con un paisano que llevaba gorra con insignias de jefe, el cual victoreó á la república federal, y fué contestado por Rivero, á la Asamblea y al Gobierno, que no fué contestado por éste; pero sí por unos 40 ó 42 hombres armados que se acercaron y prorumpiéron en mueras á Contreras, á su ayudante y á los traidores. Los oficiales que acompañaban al ayudante Rivero lograron aplacar la exaltacion de aquellos inocentes serviles, y no encontrando á ninguno de los cónsules en sus casas, por haberse retirado al campo, pasó á bordo de un vapor inglés, donde se hallaba el de esta nacion, el cual dió recibo de su oficio y de los seis correspondientes á sus demás compañeros de representacion.

A las diez menos cuarto comenzaba el fuego contra los edificios señalados de Almería con disparos desde las lanchas y de la *Vitoria*, dando largos intervalos de media en media hora para enarbolar bandera de parlamento, que no era contestada en ninguna parte.

Una de las primeras balas, porque todos los proyectiles fueron de esta clase, excepto una granada que inconvenientemente lanzó la *Vitoria*, se dirigió y cayó en la fábrica del gas; pero enarbolada en seguida bandera francesa en un edificio contiguo, no se volvió á disparar sobre ella, así como tampoco sobre el interior de la poblacion, que fué en un todo respetada.

A la bandera de parlamento solamente contestó el castillo, á media

tarde, enarbolando bandera negra, y duró el fuego con la misma lentitud hasta las seis de la tarde, habiendo disparado unos treinta y tantos cañonazos.

La plaza contestó desde el primer disparo con una lluvia de balas, que cayeron sobre las lanchas, hiriendo á un soldado en una mano y á otro en un pié, únicas desgracias que hubo que lamentar entre las gentes de los buques.

Levadas anclas al anochecer, amaneció el día 31 en Motril, donde no pensaba detenerse sino muy poco el general para dejar á los heridos; pero visitado é instado á que bajase por muchos correligionarios, se acercó al pueblo, distante algun tanto del puerto, pidió algunos fondos que las fábricas le dieron en letras sobre Málaga por valor de 160.000 rs., y se entretuvo todo el día, no saliendo sino muy tarde para Málaga.

Volvió á marchar delante la *Vitoria*, que sólo andaba dos millas por hora; pero ya á media noche se encontraban separadas por larga distancia, al extremo de que la *Vitoria* hiciera varias señales con luces de bengala y cohetes, sin ser contestada.

Próximo á amanecer el 1.º de Agosto, y á entrar en las aguas de Málaga, avistó la *Almansa* dos fragatas, que masteleros calados comenzaron á flanquearla, mientras que el general daba la orden de zafarrancho, creyéndolas por el Gobierno de Madrid. Flechado el anteojo, se vió á la primera luz del día que llevaban banderas prusiana é inglesa, y cuidadoso de evitar un conflicto, previno el general contención y prudencia, por más que la prusiana lanzó como aviso una bala que pasó por entre las vergas, faltando así al derecho de gentes.

Pidieron ya más cercanas parlamento, y fué el ayudante Rivero, que volvió portador de un oficio firmado por el comodoro de la prusiana, Werner, y el comandante de la inglesa, Wart, intimando á la fragata á volver á Cartagena, y llamando á bordo de la prusiana al general. Pidió éste echaran las escalas, y no bien hubo entrado, se vió amenazado con insultante y provocativo lenguaje por el comodoro, con que le ahorcaría como pirata, á lo que contestó el general Contreras, que teniendo en más que el Gobierno de Madrid, el interés de la patria, y queriendo evitarla los efectos de una lucha con Europa, no opondría resistencia á ninguno de aquellos atropellos, porque veía allí dos naciones, y suponía que estarían secundadas por otras, por lo que podía ahorcarle si quería, aunque protestaba del nombre de pirata y de haber bombardeado á Almería, que sólo recibió unas cuantas balas, donde había fuerzas militares de resistencia.

Avistóse entónces la *Vitoria*, que llegó al cabo de seis horas del encuentro con los extranjeros, y preguntado por éstos si haria fuego, contestó el general que sí, si se lo mandaba; pero que podia confiar en que no romperian las hostilidades, por no dar gusto al Gobierno de Madrid, que queria enredar en una guerra imposible á los revolucionarios, para que gastasen todo su empuje contra los buques extranjeros.

Recibió órden la *Vitoria* de variar de rumbo siguiendo el de la *Almansa*, adonde volvió Contreras; y dicho buque, sin comprender cuánto habia sucedido, siguió, manifestando grande contrariedad, las aguas de la *Almansa*.

Tenía ésta que manifestar grande reserva para no enterar á la gente de la *Vitoria* de que iban impuestos por los buques extranjeros; pero ésta, recelosa, tocó más de cuatro veces á zafarrancho de combate, y una ya estuvo á punto de chocar con la fragata inglesa, de poco empuje para la importancia de la *Vitoria*, pues ordenado por el comandante Wart que le siguiera, le contestó que no le daba la gana, mientras acercaba su buque para el abordaje, que huyó el inglés por tener su máquina mucho más ligera.

La *Almansa* con sus señales contuvo los impetus de la *Vitoria*, que era temida por los extranjeros; pero en cambio, la primera, en un momento que se adelantó mucho de su compañera, tuvo que ceder ante una intimacion grosera del prusiano, pues receloso éste de que aún se trabara combate, queria á toda costa tener á bordo al general Contreras como rehenes, y embistiendo con toda fuerza de máquina despues de separarse para tomar campo á la *Almansa*, sólo pudo salvarse ésta de ser echada á pique conteniendo la máquina, por adivinar la intencion del *Federico Carlos*, pero no tanto que aún no llegara el espolon de ésta á destrozar el botalon de proa y á causar algunos otros daños de consideracion. Entónces comprendió el general que debía entrar en la prusiana, donde desde entónces rompió abiertamente con el comodoro, por insultarle éste diciéndole habia faltado á su palabra, y desmentirle Contreras ágriamente hasta el punto de no volver á cruzar una sola palabra.

Entre tanto, se avistó una escuadra inglesa por la noche del primero, y cambiadas infinitas señales con el almirante de ella, se manifestó al general Contreras que habian cambiado el acuerdo, y en vez de dejar los buques en Cartagena, serian detenidos en Escombreras, poniendo en libertad la tripulacion, y á él conservándole en rehenes.

Quando la *Vitoria* se apercibió de la prision del general, concibió

el plan de penetrar en el puerto de Cartagena en vez de pasar á Escobreras, confiada en que la protegerian los fuertes; pero era preciso contar con la *Almansa*, que por ser de madera sería sacrificada al romper las hostilidades. Ésta, conforme con las instrucciones del general, siguió á Escobreras, y la *Vitoria* no tuvo más remedio que inclinarse á obedecer al general y á no comprometer á los 800 hombres de la *Almansa*, fondeando á su lado á las ocho de la mañana del día 3.

No querian las tripulaciones abandonar los barcos, y se excitaban é indignaban más cuando contestaba el prusiano que los colgaria á todos ó los echaria al mar; pero el general les suplicó que no provocasen lucha, que si eran expulsados de los barcos los abandonasen, haciendo constar lo hacian por la fuerza, y como ellos querian quedarse prisioneros con el general; el comodoro prohibióles recibir comunicaciones, ni mucho ménos viveres, que sobre todo á la *Vitoria* le estaban hacia doce horas faltando.

Les señaló plazo para abandonar el barco, y les mandó severas amenazas que á unos pocos intimidaron, pero que al mayor número encendieron en deseos de combate.

Fué entre tanto una comision de la ciudad acompañando á los cónsules, excepcion hecha del francés, á ver al comodoro prusiano y al general Contreras, y el primero se limitó á exponer que habia procedido á la detencion de los barcos por su accion de Almería, que deseaba evitar se repitiera en cualquier otro punto; que pedia instrucciones á su Gobierno, y en tanto las recibiera, permaneceria en rehenes el general Contreras. Negóse á dar más explicaciones, por cierto ante el corresponsal de *Le Temps*, que sentiria revivir todo su odio de francés ante el altanero continente del tal prusiano, que á no haber estado en su barco, hubiera sido corregido por más de uno de los presentes, llenos de indignacion y de ira al escuchar el desprecio con que eran tratados los españoles.

El comandante inglés, jefe de la expedicion por superioridad de categoria, no quiso echar sobre sí la responsabilidad de detener al general; pero no se negó á protestar del hecho, limitándose á decir que no tenia participacion en ello, por más que lo consentia.

El general Contreras estaba en una litera estrecha, atestada de papeles, durmiendo en el suelo, sobre un colchon de dos dedos de grueso, teniendo en el mismo cuarto á sus ayudantes y al diputado Torre Mendieta, comiendo de lo que le mandaban de la *Almansa*, sin merecer siquiera de los oficiales prusianos esas pequeñas galanterías que tanto distinguen entre todas las clases el trato de los marineros.

El capitán Werner es un hombre de carácter brusco é impetuoso, que se expresa con aire de fatuidad insufrible, que habla riéndose del que está delante, y que no habrá visto cruzada su cara porque no habrá descendido nunca de las tablas de su buque, que deben los prusianos á su inicua guerra con Francia, pues es uno de los que obtuvieron como indemnización.

Cuando la comision volvió á tierra y hubo enterado á las autoridades de los pormenores de la detencion, acordaron éstas, despues de largas discusiones, sostener la lucha contra las extranjeras, aunque fuese preciso echar á pique las fragatas; se dieron órdenes á los artilleros, disponiendo las baterías: y se aprestó la *Mendez Nuñez*, único buque que podia salir.

Pero en estos preparativos pasó la noche; las tripulaciones de las fragatas, aunque se negaban á bajar, como no recibían comunicaciones, por la rigurosa vigilancia, comenzaron á dividirse, obedecieron la órden del comodoro de apagar los fuegos y descargar los cañones, y empezaron á ir desembarcando.

En fin, era esto ignorado del pueblo la mañana del 4; hervia en él la indignacion contra los extranjeros con todo el furor con que se desencadenan las pasiones de las masas en los dias de más excitacion. Las medidas del Gobierno provisional y de la Junta de Salvacion le parecian lentas; corria de una parte á otra pidiendo la lucha, amenazando á las autoridades si no la comenzaban, y por fin un torrente de toda clase de personas se arrojó en la *Mendez Nuñez*, que salió á la boca del puerto, fué arrastrada la *Numancia* á la entrada del arsenal, la goleta inglesa se salió del puerto, dispuso zafarrancho de combate la escuadrilla extranjera, dando frente á la entrada del puerto, abandonaron la poblacion todas las gentes pacificas, y se llegó á un extremo tal, que parecia inevitable la lucha; lo hubiera sido á haber sonado en aquel momento un tiro, cuando comienzan á venir á tierra las lanchas henchidas de soldados y marineros con toda la tripulacion de la *Almansa* y parte de la *Vitoria*, y se sabe por ellas que los cañones están descargados, las máquinas apagadas, y los extranjeros al pié de las escalas esperando á que bajase el último marinero.

El choque que produjeron estas noticias con la animacion del pueblo por la lucha, era indescriptible. Los marineros empezaron unos á manifestar que habian obedecido las órdenes del general, otros que le hubieran desobedecido á recibir aviso de la ciudad, otros á decir que aún era tiempo de volver por los buques al abordaje, otros á clamar traicion, como se grita por todos los soldados del

mundo despues de una jornada, otros á pedir que se rompiese e fuego; produciendo esta confusion tal angustia y tal conflicto, que ya se volvian á activar los preparativos de la lucha, á pesar de la desventaja de no contar con las fragatas, nada más por dejar á salvo la dignidad, cuando pudo al fin más la reflexion que las pasiones, y al volver la goleta inglesa á preguntar si pensaba salir la *Mendez Nuñez*, que encendia sus fuegos, para recordarle que seria detenida ó batida, contestó el brigadier Pozas á los oficiales en francés como ellos hablaban que iba á salir á morir por la honra de su patria, pero que no podía porque ni el buque que llevaba podia manejar; y en efecto, la máquina no andaba, estaba mal compuesta, y el buque, quizá el peor de nuestra marina, resistia á toda clase de tentaciones para moverse y dejarse conducir.

A esta hora, y sin que lo supiera la plaza, bajaban de la *Vitoria* los 200 hombres últimos y más decididos para ser conducidos á tierra por Escombreras, que fué la causa de no distinguirlos, pues tardaron dos horas en llegar á la ciudad.

Despues, la marineria algun tanto aquietada, los paisanos convencidos de que ésta no habia tenido la culpa, las autoridades ya rehecho su prestigio, las gentes todas un poco más tranquilas, aunque todos profundamente tristes, comenzaron á circular por las calles silenciosos é imponentes como en uno de esos dias de gran luto, con todas las puertas, balcones y ventanas cerradas, casi ninguna mujer y dos mil marineros con sus oscuros trajes, dos compañías de ejército y multitud de voluntarios repartidos en grupos, olvidados de llenar las tabernas y cafés, sin saber dónde acudir, á quién increpar ni á quién dirigirse, aunque con sobra de paciencia para oír las excitaciones de un centenar de malvados, falsos republicanos, que sin respetar lo solemne del momento, querian aprovechar el decaimiento para promover un conflicto, empujándoles á hacer mil encontradas peticiones á la Junta, á la autoridad, á los jefes y á todo el mundo.

Eduarte, con su influyente palabra, dominó varias veces tumultos que llegaron á imponer á la fuerza de voluntarios; la Junta publicó una enérgica alocucion manifestando que el causante de todo era el infame Gobierno madrileño, que llamó á intervenir á los extranjeros, y que para él era para quien debian guardarse los rencores y todos los odios, llegando con esto á pedir muchos numerosos grupos que fuese todo el mundo á Madrid á arrastrar á Salmeron y á Castelar, que no habian tenido reparo en humillar la altivez española: Bárcia, dominando la debilidad de su cuerpo, se multiplicó

por todas partes; Pozas, Cárceles, Sauvalle, todos, en fin, tuvieron necesidad de hacer grandes esfuerzos, y así pudo terminar aquel terrible día 4 de eterna memoria para cuantos le sufrieron en Cartagena, y del cual decían muchos al día siguiente conservaban el recuerdo de las mismas impresiones que si se hubiesen batido enardecidamente.

Un incidente bien raro, villano por la intención, providencial por el resultado, coronó aquel día, dando remate á su noche.

Había citado el ciudadano Cárceles al pueblo para explicarle muchos de los detalles que se le presentaban en la mayor confusión, y la premura de la cita no le hizo pensar en el peligro de celebrar una reunión al aire libre, por la noche y en una plaza donde era tan probable un conflicto, por tener en un lado de ella su punto de reunión los pocos amigos que el Gobierno centralista cuenta en ésta.

Eran las diez de la noche; estaba sobre un tablado dirigiendo la palabra, cuando al decir *Yo nunca he engañado al pueblo*, una voz dijo: *Tú el primero*. Un marinero se abalanzó para coger al interruptor, y gritó: *Mataid á ese hombre*. A estas voces mucha gente se dió á correr, y en esto, de hácia el casino de los republicanos ideólogos, de los que todo el día habían estado instigando á la tropa, marinería y voluntarios á promover conflictos, salió un tiro, y despues otro, y la gente exageró sus alarmas. Un grupo se dirigió al lugar de los disparos. Estaba abierto el casino, y se detuvo un momento; pero bien pronto desaparecieron los que había dentro sin saber por dónde. Un muchacho se subió encima del enorme letrero y lo arrancó, dando fuertes crujidos al caer al suelo; aquellos crujidos fueron la señal de desahogo á tantas iras contenidas durante todo el día: con los listones de la muestra se rompieron todos los cristales de la planta baja; entraron en todas las dependencias, fueron destrozando mueble por mueble cuanto encontraban; no dejaron ni un solo trapo de lo que había dentro; todo roto, nada sustraído del enorme monton de leña formado delante de la puerta, á donde iban á parar todos los restos con un furor y un murmullo que imponía, estremeciendo el orbe, y más aún el contemplarlo, que sólo despues de vista se comprende cuán terrible es la cólera del pueblo cuando procede al último extremo.

Algunos de los que presenciaban, entre indignados y conmovidos, aquella escena, recordaban haber visto el destrozo del parque de Madrid el día 29 de Setiembre. Entónces perdió el Estado muchos miles, pero salvó numerosos intereses y muchas vidas de particulares; aquel desahogo sirvió de válvula al deseo de venganza del pue-

blo, y así en la noche del 4 pueden decir los cartageneros que si fueron despiadadamente rotos los muebles y adornos del casino de los amigos del Gobierno de Madrid, se libró á su ciudad de otros más serios disgustos; que cuando un pueblo llega á su más álgido estado de ebullición, no hay influencia humana que alcance á evitar.

La Junta de Salvacion pública de esta ciudad ha designado para componer el Jurado interino que ha de entender en las cuestiones políticas y criminales, á los ciudadanos Eduarte, Almansa, Cárceles, Martínez, Germes (F.), Ortega y Araus.

Ayer salió una columna de unos 700 hombres con secciones de caballería y artillería, al mando del brigadier Pozas.

Dicha columna la forman en su mayor parte las fuerzas procedentes de la defraudada expedicion marítima del Mediodia.

Anteayer recibió la Junta revolucionaria de Murcia el nombramiento de gobernador de la provincia á favor de D. Juan Bautista Somogy y Gayardon, el cual ha sido devuelto á Madrid con la siguiente nota:

« Este canton no admite gobernadores de Madrid, porque somos nosotros muy suficientes para gobernarnos, segun acuerdo tomado por unanimidad por las Córtes soberanas de la nacion.»

Ayer han empezado á trasladarse en Murcia los muebles del gobierno civil al palacio episcopal, donde se establecen las oficinas.

En el mismo punto está verificándose la cobranza del actual trimestre de contribucion en las oficinas del ayuntamiento.

El 27 del mes último falleció en Pontevedra el mejor y más fiel defensor de la causa revolucionaria, nuestro amadísimo correligionario Francisco Córdova y Lopez.

Todos cuantos vienen trabajando por la redencion del pueblo han encontrado en su camino al infatigable é ilustrado jóven periodista,

cuya pluma, en Madrid como en provincias, no se daba más tiempo de reposo que el preciso á concertar los medios prácticos de realizar la justicia y la igualdad.

Habia ido de gobernador á Pontevedra, más para atender al gravísimo estado de su salud que por servir á un Gobierno con el que no estaba conforme; porque Córdova y Lopez, como todos los revolucionarios sinceros, habia consumido su fortuna en empresas y trabajos por el triunfo de su causa, y era pobre. Al formarse el Ministerio Salmeron, hizo dimision de su cargo, pero el depravado Maissonave lo declaró cesante.

A los ocho dias era el cadáver del antiguo amigo nuestro acompañado por más de 6.000 pontevedrinos, que supieron apreciar las grandes cualidades que formaron en vida el más excelente carácter y el alma más bella de cuantas ha producido esta segunda época de nuestra revolución.

Muchos de sus amigos, aterrados por cuidados tan afanosos como los que á él le ocuparon siempre, aún no han sabido su muerte. Cuando les llegue su noticia, derramarán tantas lágrimas como han brotado de nuestros ojos acompañando su memoria.

La poblacion de Almería ha celebrado con fiestas y banquetes el apresamiento de los expedicionarios marítimos de Cartagena.

Las autoridades militares de aquella ciudad saben que la causa del cañoneo hecho por nuestra escuadrilla fué la negativa del brigadier Aleman á retirarse de la poblacion.

Almería hizo suya la causa del militar que la oprimia, y hoy prefiere seguir siendo esclava de los poderes centrales, vistiéndose de gala para obsequiar á sus dominadores, como en la Edad media, cuando el pueblo besaba las manos de los tiranos que lo azotaban.

Algun dia invocarán los descendientes de la actual generacion almeriense el auxilio de los pueblos hermanos para librarse de la ominosa tutela madrileña, y entónces comprenderán la ligereza con que hoy tejen sus hijos las coronas que arrojan sobre quienes no tuvieron reparo en comprometer á la ciudad.

Por lo demás, el pueblo de Cartagena no tiene ni ha tenido nunca enemistad con Almería. Considera lo sucedido con la escuadra como una consecuencia de la guerra, puesto que sólo á la tropa y sus jefes fueron dirigidos los tiros, y lamenta que tantas inventivas se lancen sobre nuestros honrados defensores, cuando no tienen una sola palabra de amargura por el bombardeo de veras con que se está

destrozando á Valencia, ciudad abierta, pero donde se refugian, como en Almería, tropas que han declarado guerra á los odiados poderes centralistas.

Anoche llegó á Cartagena el ciudadano Galvez, acompañando al jefe del batallón de Mendigorria, ciudadano Pedro del Real.

Probablemente volverán esta tarde con el general Contreras, que tomará el mando del ejército organizado en Murcia.

Parte de la primera columna que salió á operaciones está en Hellin vigilando la defensa del canton, que debe estar amenazado por el Gobierno de Madrid, cuando se ha resuelto á imitar á todos los partidos políticos, cortando á su vez el ferro-carril por varios puntos.

(Se continuará).

CRÓNICA Y VARIEDADES.

A LA MEMORIA

DEL ILMO. SEÑOR

DON APOLINAR SERRANO DIEZ,

OBISPO QUE FUÉ DE LA HABANA (1).

Quiero cantar y no acierto,
que en funerario concierto
siento que hiere mi oído
el lastimero tañido
por la memoria del muerto.

Y hiela mi inspiracion
el enlutado crespon
de la tumba en que reposa
y la cruz sobre la losa
que cierra su panteon,

(1) Esta poesía, escrita por un compañero de estudios del Ilmo. Sr. Serrano, fué remitida de la Península para su publicación en la Habana, y hoy de retorno ve la luz pública en España igualmente.

Y de la santa mujer
que tan feliz era ayer
el ¡ay! penetrante y fijo...
¡Pobre madre! ¡Era su hijo,
y no ha de volverlo á ver!

Él para propios y ajenos
siempre el mejor de los buenos,
jóven... y en pos de la suerte,
¿cómo esperar que su muerte
mire con ojos serenos?

Pero ¿por qué ese quebranto?
¿por qué, señora, ese llanto
viene á nublar vuestros ojos,
cuando tan ricos despojos
son las cenizas de un santo?

Recordad que ya en la cuna
madre celosa, importuna
le hablabais siempre de Dios,
y hoy no hace más que ir en pos
de su envidiable fortuna.

Y ántes de ver con desden
la posicion del Eden
y su corona inmortal,
benedicid, señora, un mal
que produce tanto bien.

Yo tambien le conocí,
yo los hechos recogí
de su venturosa historia,
y sé que vive en la gloria
por lo que de él aprendí.

Y hallé que era flor lozana
agostada en la mañana
de su feraz primavera:
llevó el aroma doquiera
de su caridad cristiana.

Aroma con que alentaba
al pobre que remediaba,
al anciano á que asistía,
al niño á quien instruía,
al pueblo que le escuchaba.

Y ví en su feliz ayer
al émulo de Javier,
Sales, Loyola, Agustino,
Teresa, Tomás de Aquino
y de Vicente Ferrer.

Por eso en edad temprana
como ellos tambien se afana
sirviendo á Dios con delirio,
y va buscando el martirio,
que al fin encuentra en la Habana.

Y no hay iglesia ni ermita
que su nombre no repita,
ni mansion hospitalaria
que no eleve una plegaria
por aquella alma bendita.

Y ese pueblo sin segundo
un testimonio profundo
le ofrece de admiracion,
labrando su panteon
junto al coloso del mundo.

¡Santo Prelado! Si un dia
el que sus ayes te envía
con torpe y grosero acento
consigue el merecimiento
que falta á su poesia,

En la region sacrosanta
que á los querubes encanta,
favor y clemencia implora
para la madre que llora,
para el poeta que canta.

Sé como el astro que brilla
en el cielo de esa Antilla,
y su más rico blason,
y logre tu proteccion
la noble y leal Castilla.

Y el castellano, en memoria
de tu relevante historia,
venerará con delirio
la palma de tu martirio,
la aureola de tu gloria.

JUAN F. RUIZ PINO.

EL TELÉGRAFO PARLANTE.

I.

Así se denomina un invento que casi podríamos llamar maravilloso; el del hilo telegráfico que trasmite la palabra. Hé aquí lo que hemos leído acerca del mismo:

«Sir William Thompson, Presidente de la seccion de ciencias físicas de la *Royal Britannic Association*, explicaba hace poco en Glasgow ante un distinguido auditorio, las maravillas científicas que habia presenciado en su reciente viaje á América. Entre éstas, los progresos realizados en telegrafía son tan pasmosos, que parecen milagros.

Con sólo un alambre, merced á la ingeniosa combinacion debida á Elisa Gray, pueden enviarse simultáneamente cuatro telégramas; el telégrafo automático de Edison trasmite 4.045 palabras en 57 segundos; pero la maravilla de las maravillas es sin duda alguna el telégrafo *que habla*, que trasmite á la extremidad opuesta del alambre clara y distintamente todo lo que se dice en el punto donde se opera.

Yo he oido, dice el sabio fisico, con mis propios oidos, y de la manera más inteligible, lo que un pequeño disco circular reproducia, palabra por palabra, que en el otro extremo del alambre articulaba mi colega el profesor Watson. Este habia aplicado su boca cerca de una membrana muy tirante, que sostenia una ligera pieza de hierro dulce, colocada de tal suerte que pudiese comunicar á un aparato eléctrico magnético vibraciones proporcionales á la conmocion sonora del aire. Estas se transmiten por el alambre al disco del extremo opuesto, que repite fielmente, segun yo he experimentado, todas las palabras.»

II.

Su mecanismo, que no puede ser más sencillo, es el siguiente: Para el punto de partida, es una caja cubierta en la parte superior por una membrana elástica, tal como una piel; en una palabra, un tambor cuadrado. Sobre una de las superficies laterales, un agujero da paso á un tubo exterior con su boquilla, es decir, un porta-voz. Interiormente, bajo la membrana y tocando con ella, se adelanta una ligerísima laminita de metal, puesta en comunicacion con un hilo telegráfico. Se habla por el torna-voz, y la membrana retiembla; cada vibracion de ésta, fuerte ó débil, larga ó rápida, se comunica á la laminita de metal, y el hilo telegráfico la trasmite al punto del destino. Tan sencillo es el aparato trasmisor.

El de llegada descansa en una observacion que hasta aquí nadie habia hecho. Muchos humildes descubrimientos quedan así, piedras inútiles, arrojadas á ambos lados del camino por los viajeros del saber; llega luégo un creador, y con aquellas piedras eleva salvadores diques ó puentes imperecederos que largan y afianzan el camino. Page y Henry, físicos, demostraron que una aguja de hierro dulce, de las empleadas para calcetas, por ejemplo, arrollada con un hilo aislado en una canilla de seda, producía un sonido cada vez que se hacia pasar ó detener una corriente eléctrica por el hilo enrollado en espiral.

A cada comunicacion con un hilo eléctrico, la aguja da un sonido. Dispóngase, pues, una aguja de hierro dulce, arróllese en ella hilo en espiral, póngase éste en comunicacion con el hilo eléctrico, y el todo introdúzcase en una caja que como las de violon aumente la fuerza del sonido, y se tendrá el aparato de llegada.

III.

Compréndase ahora cuán fácil es la trasmision: la laminita de metal del punto de partida trasmite por el hilo telegráfico todas las vibraciones de la voz; cada vibracion es una corriente eléctrica que cae sobre la aguja del punto de llegada y produce en ella un sonido diferente: las notas no son sino un compuesto de vibraciones; luégo la aguja revelará exactamente la nota completa enviada; vocales sonidos, sílabas, todo lo repite la aguja parlanchina como si fuese un éco. ¡Tan fácil es el mecanismo!

Lo ha inventado Graham Bell, jóven aldeano inglés, naturalizado «ciudadano de los Estados-Unidos.» El telégrafo parlante tardará quizá en remplazar al otro, porque no deja huellas de la trasmision; bien que si se ha encontrado medio de escribir por sí solas las variaciones atmosféricas, no hay que desesperar de que las vibraciones de partida y llegada escriban por sí mismas un lenguaje convencional. Además, el telégrafo parlante no da aún una voz enteramente llena, ni de timbre muy rico; pero es comprensible. El doctor Thompsom, que estudiaba el aparato en la Exposicion de Filadelfia, seccion del Canadá, al acercarse oyó distintamente las palabras enviadas de un largo extremo: «*To be or not to be;*» ser ó no ser. Despues un lector colocado á gran distancia trasmite frases tomadas al azar de los periódicos de Nueva-York.—«El Sr. Cox ha llegado.»—«El Senado ha resuelto.....»—«Los americanos de Lóndres han resuelto celebrar el 4 de Julio próximo,» etc., etc.

Es, pues, exacto que se ha descubierto la trasmision á larga distancia de la palabra hablada como hoy se viene gozando de la escrita, y que bien puede calificarse de maravilloso este nuevo invento, destinado sin duda, si es susceptible de aplicacion en grande escala, á producir una revolucion en la telegrafia: siendo una nueva prueba del poder del hombre, de su actividad investigadora y del notable progreso de las ciencias físicas. — LUIS GALLARDO BASTAN.

El Dr. D. Francisco Salvá y el telégrafo eléctrico.—Acaba de imprimirse un cuaderno de *Memorias de la Real Academia de Ciencias naturales y Artes*, de Barcelona, que da á luz la misma Corporacion. «Hasta qué punto es oportuna la aparicion del aludido cuaderno, se comprenderá, dice el *Museo Balear*, con sólo indicar que con él, y apoyándose en datos auténticos, se reivindica en favor de un ilustre catalan la gloria de haber inventado el «telégrafo eléctrico.» Hoy día en que se celebra en Lóndres un certámen dedicado única y exclusivamente á conocer la historia y progresos de la telegrafía eléctrica, la Academia de Ciencias naturales y Artes de Barcelona ha hecho un acto de verdadero patriotismo imprimiendo las indicadas Memorias y enviándolas al concurso de la capital de la Gran Bretaña.

El catalan ilustre, el renombrado sabio á quien se debe sin disputa alguna la invencion del medio más rápido de trasmision de la correspondencia, es el por tantos títulos venerado médico Dr. D. Francisco Salvá, que en 16 de Diciembre de 1795 leyó ante la Academia una Memoria en la que (segun palabras del Dr. D. Félix Janer, quien en 1838 ya reclamó para su distinguido paisano la gloria de la invencion), «expresó clara y extensamente la feliz idea de aplicar la electricidad á la telegrafía.» Plácemes merece, pues, la Academia de Ciencia naturales y Artes por haber resuelto la impresion de aquellas Memorias, y por haber reivindicado en ocasion tan oportuna como la actual, una gloria que redundaba en honra de toda España, y más directamente de aquella antigua y respetada Corporacion barcelonesa.»

Tiene razon el *Museo Balear* en llamar la atencion de sus lectores sobre estas Memorias, como lo hacemos nosotros.

LIBROS RECIBIDOS.

La Revolucion de 1868, juzgada por sus autores, es una obra notable de nuestro amigo y colaborador D. Juan Mañé y Flaquer. Acaba de ver la luz pública la primera parte, y está en prensa la segunda. Precio de cada una, 42 rs. Madrid: Olamendi, Lopez, Duran, San Martin. Barcelona: Puig, Gepú. Y en los demás puntos, en las principales librerías.

Periódicos de Madrid, libro de erudicion bibliográfica periodística, que contiene la tabla cronológica de los incluidos en la obra de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, premiada en el certámen público de 1873.

Cervántes, Revista literaria que se publica ahora en Barcelona. Es importante por su objeto, y por la mejoras que ha obtenido.

Viaje de D. Inas Mastai-Ferreti, y ensayo biográfico de Su Santidad Pio IX, por D. J. R. D. Acaba de ver la luz pública en Barcelona, y se halla en la librería de Gaspar y Homdeden.

Las Botas, libro de D. Ricardo Sepúlveda, impreso en casa de Fortanet, acaba de ver la luz pública. Es una coleccion de cuadros de costumbres, contestacion á *Las Llaves*, de Teodoro Guerrero, y escrita en variedad de metros.

Director, C. M. PERIER.
